

GENIIT

sociología
ciencia - literatura



Editorial. — **Ramón Liarte** : El federalismo contra todas las formas de Estado. — **Severino Campos** : Influencia social del movimiento obrero. — **José Muñoz Congost** : Por un combate anarquista. — **Rodolfo Rucker** : La cultura tradicional ante el mundo moderno. — **Moisés Martín** : Los derroteros de nuestra libertad. — **Floreal Ocaña** : Asesinato de Miguel de Unamuno. — **Campio Carpio** : Significación de una inolvidable fecha histórica. — **Notas** : De la amistad. — **Comunismo y anarquía**. — **M. Cima** : Sentimiento de la comprensión. — **Luis di Filippo** : ¿Qué se entiende por federalismo? — **Manuel Devaldes** : Louis Devaldes. — **V. Muñoz** : La Vida y los libros : Ejemplos de anarquía. — **Cosme Paules** : Teatro : Busca un poeta que te ame, para el día de tu muerte... — **Metodología y doctrina**. — La virtud de saber callar.

187

Marzo-Abril 1969

REVISTA MENSUAL

PRECIO : 1,50 F.



NUESTRA PORTADA

El minero. Se ha dicho que la mina es cosa de gran provecho con poco trabajo. Quien así se expresara desconocía el valor del esfuerzo humano. Ignoraba el potencial inmenso del sacrificio. Nada sabía de las enfermedades y contratiempos de la mina. Porque el minero es un héroe del ejército del trabajo. Los hombres de la mina son las falanges inmensas de la rebelión. Caras sucias, manos negras; ojos penetrantes. Y alma blanca como la nieve besada por el sol en la cumbre de la montaña. Este minero mordido por el dolor del trabajo, parece un niño que mirara la faz del universo. Cantera de hombres recios y enjutos. Filón de rebeldías indomables. Galería de silencios profundos y angustiosos.

Minero que sueñas con la libertad: por ti se conoce el sílex. Tú has hecho del bronce una industria de extensión constante. Has conseguido el descubrimiento del hierro. El mundo antiguo conoce gracias a tí el cobre de Chipre, el plomo de Laurio, el estaño de las Casitérides, el oro, la plata de España. Y así, tu esfuerzo es luz en todas las minas del mundo, desde México al Perú, de Río Tinto a los Montes Urales, de Australia a la poderosa Alaska. Minero que trabajas sin ver la luz del sol: abre los ojos dulcemente. La aurora de la liberación besa tu frente pura como una cuartilla virgen. Este minero asturiano es el símbolo más perfecto y acabado de la lucha que el pueblo español está llevando a cabo contra las huestes malditas de la opresión francofalangista. El minero es el vigía de la libertad.



REVISTA BIMESTRAL DE SOCIOLOGÍA, CIENCIA Y LITERATURA

REDACCION

Federica Montseny y Ramón Llarte

COLABORADORES

Vladimiro Muñoz, Evelio G. Fontaura, Hem Day, Campio Carpio, Eugen Relgis, Dr. Pedro Vallina, Germinal Esgleas, Renée Lamberet, Cosme Paules, José Muñoz Congost, Floreal Ocaña, Dr. Amparo Poch, José Viadiu, Víctor García, J. Guerrero. Severino Campos, Abarrátegui.

Suscripción anual:

Francia	9,00
Exterior	11,00
Precio de un ejemplar suelto	1,50

Giros: León Antonio, C.C.P. 2 738 77-Toulouse
4, rue Belfort, 2ème étage F-31 TOULOUSE

(Todos los pareceres, por distintos que sean del nuestro, en los que allente un pensamiento respetable, tienen cabida en estas columnas.)



★ REVISTA DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA ★

Año XIX

Toulouse, Marzo - Abril de 1969

N.º 187

EDITORIAL

La memoria es conocimiento

EXCESIVAMENTE propenso a olvidar es el hombre. Pocos son los que saben vivir recordando. Que recordar es vivir dos veces. Si algo tiene un valor superior, es la memoria. Gracias a ella, no reinventamos el triciclo diariamente. Sin su auxilio cometeríamos indecibles disparates. Y conste que son muchos, y de calidad, los que todos y cada uno, llegamos a cosechar en esta vida. Hay una inclinación al olvido. Parece ser que la memoria, por ser el peso y la lección de los siglos aplaste a los que no gozan de una buena constitución íntima y exterior. Del mundo animal nos distingue la memoria; y sólo cuando recordamos las cosas agradables, las revivimos con intensidad, hasta sacar todo el sabroso jugo que tienen los acontecimientos de la vida. Si una desgracia nos aqueja no vale la pena olvidarla. Quien se empeña en no recordar no es quien más pronto olvida, sino quien más recuerda.

No tenemos en cuenta que las mismas causas siempre nos llevan a los mismos efectos. Ayer los hombres luchaban contra las jerarquías aristocráticas sin tener en cuenta que acabando con los nobles, y no sabiendo afincar los derechos populares, se levantaban los cimientos de la monarquía absolutista. Hoy, siguiendo parejos derroteros, por no haber hecho del sindicato, el municipio y la comarca las bases de la democracia moderna, estamos padeciendo regímenes totalitarios en todo el mundo. Y es que se tiene la memoria más corta que la mirada.

Ayer como hoy, las fuerzas centralistas y autoritarias van al mismo objetivo: atar la voluntad de los hombres libres, maniatar la conciencia del mundo. Y es lamentable comprobar que el absolutismo contemporáneo es de una brutalidad más cruel que los sistemas oligárquicos del pasado. Se dice que perdiendo, el hombre aprende. Cierta es la afirmación, pero si es que no falla la memoria. Porque la tierra que pisamos está llena de desmemoriados, de amnésicos incurables...

No cabe duda de que, a pesar de todo, los seres se ven forzados a tener en cuenta muchas enseñanzas que quisieran ver arrinconadas. La frase de Galileo vuelve a sonar: «Epur si muove»... Todo se mueve, todo avanza. De la misma manera que la corriente no quiere estancarse para no corromperse, el pensamiento, progresa para no perecer inmóvil. No; el pasado no vuelve porque, quírase o no, la vida cambia. Tendrá fases de angustia y sufrimiento, mas la evolución es infinita, no muere.

Ni el pasado vuelve ni los muertos resucitan. Lo que fue ya no volverá a ser. La vida, como la muerte, es en sí misma, un triunfo biológico, una victoria moral. La verdad — dice el filósofo — está obnubilada en este tiempo y la mentira tan sentada que, a menos de amar la verdad, ya no es posible conocerla.

La concepción totalitaria nos deforma la mente y confunde los sentidos. Es corriente escuchar de boca de los autoritarios frases como éstas: «Los pueblos no saben lo que quie-

ren, no cuentan»; «dos pueblos se dirigen y se gobiernan». Y lo peor del caso es que parejas afirmaciones son hechas por hombres de una estatura mental inferior, de una pobreza intelectual injustificable. A estos genizaros de tres al cuarto, vale la pena contestarles con la idea genial de Machado cuando dice: «Existe un hombre del pueblo, que es, en España al menos, el hombre elemental y fundamental y el que está más cerca del hombre universal.» El hombre, en todas partes, es el hombre de carne y hueso.

El totalitarismo no es una concepción nueva de la vida como han dicho catorce semi-analfabetos de la sociología autoritaria moderna; es tan viejo como el mundo, puesto que siempre quiere cabalgar sobre él. Lo que sucede es que unas veces se viste de aristócrata y, otras, de liberal. Y así acaece que, en ocasiones como las actuales, nos llega disfrazado de la piel de cordero de la democracia, como supo vislumbrar el portentoso Gracián, sin llegar a concebir, que hoy se viste de obrero para mejor traicionarnos. Para aquellos atrevidos que dicen: «Los pueblos son sombras que no cuentan», tendremos que reafirmar: la masa es una mentira, una invención de vencidos en la lucha por la vida. Ha sido la burguesía, como ayer el feudalismo y hoy los comunistas de Estado, quienes dicen: La masa es inconsciente. Con semejantes conceptos lo que se pretende es rebajar al hombre, degradar su alta condición social y humana, achicado para que sea impersonal y acéfalo. Un simple cero a la izquierda como los cucos pretenden.

Se busca por todos los medios la no presencia del hombre en los asuntos sociales. Es el lobo del hombre que quiere devorar al que levanta cabeza. Deseo de imposición y hegemonía truncada. Descalificar al hombre para que sea un títere de la farsa absolutista; reducirlo a la impotencia a fin de que sólo sirva para servir y callar. Masas humanas no son los hombres que por ser hombres piensan, comprenden y sienten. La «masa humana» es un mito de las iglesias en boga, de los nuevos fariseos, que por no tener memoria buscan nuestra perdición.

A las masas — afirma el poeta — no las salva nadie; en cambio, siempre se podrá disparar sobre ellas. ¡Ojo!

El mundo del intelecto, que es el mundo del trabajo, tiene la memoria larga. Sabe que el hombre es amigo y compañero del hombre, que nada está quieto ya; que todo marcha y avanza. El poder autoritario se halla desequilibrado, sin solución ni salida. Ha sido una farsa larga que al final se descompone. La idea de la verdad se abre paso y nos alumbrará. Los pueblos ayer dormidos, hoy despiertan a la vida. El hombre personifica todo cuanto le rodea. Le insufla conciencia y ser. Le da personalidad.

¿Trabajar para las masas? No, trabajar para el presente, que es trabajar para el hombre que no quiere ser esclavo porque odia a los opresores. Lo demás es ultratumba. Sepulcros totalitarios abrasados por el alba. Confusionismos bastardos que la memoria condena y la conciencia destruye. ¿Democracia de burgueses? ¿Estado de proletarios? Son los que quieren seguir resbalando en la pendiente que al precipicio nos lleva.

Lo que aquí cuenta es el hombre. Y con el hombre la idea, que es forjadora de hombres hechos para recordar y para vivir creando.

Buscar soluciones que, ni siquiera llegan a parciales, que no son solución a los problemas presentes, es tanto como jugar al engaño. No querer que las cosas se solucionen y arreglen. Los errores del pasado nos son tan conocidos que los llevamos grabados en la mente. Se han hecho carne en nuestro corazón angustiado por mil pruebas. Hemos luchado siempre por la verdad universal, basada en el mejor bien, y la verdad se ha de imponer por encima de todo. No somos olvidadizos ni aletargados; el camino más corto para descubrir la mentira es defender la verdad cueste lo que cueste. Y la verdad de nuestro siglo es la liberación completa del hombre, su emancipación de todos los mitos, de todas las servidumbres.

La verdad no es el Estado fabricante de mentiras. Ni la religión que engaña para hacer de la ignorancia su lucro y medio de vida. El capital no es verdad, puesto que explota y corrompe. La verdad está en el pueblo, la verdad está en el hombre. Hay que acabar con las clases para construir sin ellas. Levantar el sindicato, la organización gremial, para que la ciencia vaya a la libertad. Técnica de pueblos libres trabajando con esmero para bien del municipio, que es la propiedad de todos, la igualdad social en marcha creciente hacia el comunismo, libre y emancipador de todo lo que es el trabajo, cultura e inteligencia. La verdad es la anarquía, norte y guía de la historia.

Hombres de memoria larga, de corazón generoso y de ideas altruistas: Recordar es aprender a no incurrir en errores de corteza autoritaria. Es amar la libertad y defenderla a porfía contra todos los tiranos.

Hoy, como en todas las fases de la lucha por el derecho y la justicia, la historia del hombre es la historia del trabajo que busca la libertad.

La memoria, por ser conocimiento, experiencia y sabiduría, nos traza el camino a seguir: el único medio eficaz de soportar la vida es recordarla con clarividencia, vivirla libremente y hacer que los demás la vivan de tal manera que en cualquier parte del universo podamos trabajar por la perfección y el bien del hombre.

por RAMON LIARTE

EL FEDERALISMO

contra todas las formas de Estado

MIENTEN con la mayor frialdad política quienes afirman que la revolución debe hacerse desde el Estado. El poder político es la causa principal de todo despotismo. El Estado no será nunca el pueblo. Siempre hemos amado a los creadores de pueblos y civilizaciones que, desconociendo el Estado supieron trabajar de manera mancomún para hallar un mayor grado de dicha y tranquilidad. El Estado se sirve de todos los idiomas para hacerse obedecer, pero miente con todas las lenguas, oprime con todas sus zarpas; todo lo que defiende es injusto, todo lo que ataca es parte integrante del derecho que pertenece al pueblo. Cuando el Estado se extingue comienza a proyectarse la verdadera vida del hombre.

Tener un pensamiento propio, lanzar una nueva iniciativa, tiene más valor que todas las teorías aherrumbadas. Los conceptos viejos y arcaicos no sirven ni como meros motivos de decoración. Quien quiere evolucionar y no corromperse en el estancamiento, tiene necesidad de reconocer los hechos nuevos. Porque el mapa humano cambia constantemente. Las ideas anarquistas, como la vida, desconocen lo que es entumecimiento. Por vivir en incesante renovación no se dejan aprisionar por ninguna norma autoritaria; luchan contra los métodos unificadores y absolutistas. No serán éstas las que se dejen estrangular por los métodos caducos. Cuando un método no sirve a la idea y la vida es que está completamente envejecido y hay que echarlo por la escotilla para que no infecte a los navegantes. Creemos en la multiplicidad de los medios, ya que cuanto más diversos son éstos, mayores son los resultados que se obtienen. El Estado no es más que una manipulación de consignas vacías para defender las más repugnantes aberraciones políticas. Y como quiera que a la larga no despiertan más que dolor y terror, necesario es acabar con el Estado para que triunfe el hombre.

LA centralización política, económica y social que se ha operado desde la fase del declive del liberalismo, ha tenido un resultado siniestro: ha formado la dictadura del Estado totalitario. Esta es la causa de haberse incubado en las entrañas de la opresión el actual capitalismo de Estado, que, con el nombre de democracia en los Estados Unidos de América, con el título rimbombante del

nacionalsocialismo en la Alemania hitleriana y bajo la capa roja de la frustrada revolución de Octubre en la Rusia bolchevique, cierra las puertas al desenvolvimiento de la cultura de los pueblos y prepara a los hombres para aceptar resignadamente los dictados del poder. Lecho de Procusto que ha corrompido cuerpos y almas, esencias y sentimientos. En nombre del Estado modelo central se ha llevado a cabo una política represiva que paraliza los cuerpos y estanca las iniciativas populares. De ese Estado modelo ha salido un hombre nuevo: no es un superhombre desafiando a los dioses de trapo, sino un titere movido por mil hilos visibles e invisibles que no le dejan caminar.

Los mismos sucesos han dado los mismos resultados. La humanidad ha sido víctima de una traición sin precedentes en la historia. El bolchevismo y todos los Estados totalitarios que hoy imponen su violencia en el mundo, son la camisa de fuerza con la que se atan todas las manifestaciones de la existencia social y cultural. Y lo trágico del caso es que los exégetas del Estado totalitario no han comprendido absolutamente nada de sus desatinos y extravíos, puesto que con sus sistemas alambicados han hecho del socialismo un mito social y de la libertad una estatua desprovista de corazón. Se han desperdiciado muchas conquistas y se han abandonado magníficas posiciones. Alucinados por la gigantasia del Estado central, se ha sacrificado la causa obrera, la revolución ético-cultural. Son errores que se pagan muy caros. La libertad malograda se ha transformado en símbolo doloroso del actual derrumbamiento de valores.

EL virus totalitario ha infamado a muchos sectores del universo. Se halla nuestro planeta hundido en la desgracia de la que nos será muy difícil salir airosos. Mas es sabido que los males no se curan escondiéndolos, sino atacándolos abiertamente. Ha querido la incapacidad de unos y la ambición desmedida de otros que tengamos que sufrir esta prueba de relajamiento y decadencia. Trabajando con ahínco y clara visión de las situaciones que se avecinan podemos salir victoriosos. A pesar de todo, el sol no ha muerto. La libertad no está definitivamente enterrada. El ladrillo fabricado una vez no se hace dos veces. Un siglo de corrupción totalitaria no se supera en un año. Largo ha sido el invierno, pero amigos defensores de la

justicia, más larga será la primavera del trópico. La luz quiere abrasarlo todo. Y la escuela del Renacimiento no ha cerrado sus puertas. Hay que volver al punto de partida. Sólo así ganaremos tiempo al tiempo y terreno al Océano. Las ideas de Pedro José Proudhon vuelven a ser de actualidad porque nunca perdieron su esencia y su sentido:

«La libertad — dice el maestro — es un derecho absoluto, porque es al hombre como la impenetrabilidad a la materia, una condición *sine qua non* de su existencia. La igualdad es un derecho absoluto, porque sin igualdad no hay sociedad. La seguridad personal es un derecho absoluto, porque a juicio de todo hombre su libertad y su existencia son tan preciosas como las de cualquier otro. Estos tres derechos son absolutos, es decir, no susceptibles de aumento ni disminución, porque en la sociedad cada asociado recibe tanto como da, libertad por libertad, igualdad por igualdad, seguridad por seguridad, cuerpo por cuerpo, alma por alma, para la vida y para la muerte.»

De ahí que la sociedad debe acabar con la propiedad para que triunfe la justicia; que el individuo ha de poner fin a los intereses creados para dar paso a la causa del Derecho; que la moral tiene que vencer a la materia para que el pragmatismo no siga haciendo del mundo un inmenso campo de manufactura y fraude. El que no concibe la libertad como una evolución de la historia no sabe nada de ella. No la tiene creyendo poseerla; se le escapa de las manos como una anguila. La libertad vuela en las altas cumbres sin tener miedo a la escopeta del cazador solitario.

SE impone salir del atolladero. Sólo mediante el federalismo que establece una división de poderes y funciones en el orden socio-político, actualmente imposible porque la máquina del Estado lo hace todo desde el punto de vista centralista y avasallador, podremos iniciar el nuevo trabajo que nos ha encomendado la transformación de los pueblos. Pero esa tarea debe ejecutarse con suma urgencia. El enjundioso federalista Francisco Pi y Margall precisa con claridad de estilo su pensamiento:

«El federalismo no deja al municipio ni a la provincia a merced del Estado, como el unitarismo; lo quiere dirigido por poderes que ellos mismos elijan, no por poderes que deban a la nación su origen. De la nación entiendo que emanan los poderes nacionales; pero sólo de la provincia los provinciales y del municipio los municipales. Niega al Estado el derecho de intervenir en el régimen interior de las provincias y los pueblos.»

Más que la unidad lo que nosotros queremos es la unión de los pueblos hispánicos, superando los

antagonismos regionales, fomentando las aspiraciones culturales en sentido multiforme, la felicidad y la existencia trabajadora y ciudadana, la estrecha cooperación de agrupaciones para hacer una vida nueva y un hombre libre. Mediante medidas centralistas se consiguen suprimir violentamente los derechos humanos, mas no se puede edificar un mundo justo y generoso. Lo único que queda y perdura es lo que se gesta en el pueblo mismo. Las transformaciones sociales que maduran lentamente y endurecen en la vida práctica y diaria son imborrables. Con nuestro esfuerzo altruista y desinteresado, por nuestra colaboración útil y positiva, conquistaremos el lugar más preeminente en el taller donde ha de forjarse la sociedad universal objeto de nuestros deliquios, teniendo derecho a ser oídos y escuchados, para explicar nuestro pensamiento en el certamen de la vida futura. Un derecho que no viene del Estado ni de la ley, sino de la voluntad creadora y laboriosa. Ha de llegar el día de la verdadera justicia. Y ésta tendrá lugar cuando en vez de premiar al bruto y violento que se impone mediante las armas, se admire y aprecie al que todo lo da sin buscar beneficios materiales ni recompensas fabulosas. No de otra manera se ejerce una influencia ideológica en la opinión pública.

MIENTRAS estemos movidos por el sentimiento de la libertad, el Estado no podrá vencerlos. La reacción no ha matado nunca más que las partes superficiales o materiales de nuestra potencia doctrinal. Por haber sabido mantener con firmeza nuestras reivindicaciones y anhelos, las ideas básicas del anarquismo militante siempre han salido a flote. Cuando se lucha contra la explotación y la dominación del hombre por el hombre, el Estado retrocede y la sociedad avanza. Lo que cuenta es el resultado final, la gran conquista, que es la batalla ganada por las minorías selectas y el impulso decisivo de las muchedumbres bien organizadas.

Un movimiento como el nuestro se caracteriza por su sentimiento de solidaridad, por su capacidad de sacrificio, por su entrega ideal a la humanidad. No hagamos concesiones al Estado. Resistamos tesoneramente a la reacción, devolviendo golpe por golpe, y aprovechando su fuerza a nuestro favor. El movimiento de la emancipación económica, moral y cultural está en marcha. El combate se redobla por todas partes. Hay que canalizar el significado de ese gran movimiento de despertar universal y contar la presencia del hombre nuevo. Frente al Estado totalitario, al capitalismo moderno y a la socialdemocracia de la traición, debemos enarbolar la bandera del socialismo con libertad, prólogo y apertura de la anarquía.

INFLUENCIA SOCIAL DEL MOVIMIENTO OBRERO

II

por SEVERINO CAMPOS

QUEDO fuera de toda duda. A medida que transcurre el tiempo gana reconocimiento la capacidad de los obreros; iniciada su ascendencia intelectual, el propio ejercicio les va colocando en lugares que antes creían imposibles para ellos. Su función de piezas mecánicas está en vías de desaparición; ya se incorporaron a funciones de responsabilidad profesional y social.

Aunque siempre oprimido, en condiciones de inferioridad, sin medios para elevar su personalidad, el trabajador ha ido venciendo dificultades para lograr conocimientos. El muro que no le dejaba avanzar, obstruyéndole las vías del progreso, en gran parte fue demolido; fueron más potentes sus ansias de libertad y de saber.

Y ha demostrado, con ello, que el bajo nivel de cultura, en que durante largo tiempo estuvo situado, no era congénito a su rango clasista. Aunque proletario, su morfología no difiere de la del burgués u autócrata; biológicamente están dotados de los mismos organismos. Por consiguiente, con las debidas atenciones puede alcanzar metas tan elevadas como los privilegiados de hoy.

Las pruebas de potencia y agilidad mental, cultivándose bien el intelecto, quedaron bien confirmadas a favor del obrero. Esa premisa va impregnada de bellos augurios; lleva en su seno vigor e impulso progresivo. Su enfoque es de tendencia igualitaria, con evidentes indicios de una justicia que acabará con las diferencias políticas y económicas entre los hombres. Todo eso, y las maravillas que el pensamiento lanza como destellos utópicos, hacen prever fenómenos sociales que el próximo devenir planteará como inevitables.

Las jerarquías son un fenómeno anormal de la existencia humana; lo mismo sucede con la condición del proletariado; una y otra descansan en los mismos principios. Ambas están destinadas a desaparecer. Y, entre los muchos factores que contribuyen a tal fin, uno de los más valiosos es el rol emancipador de los trabajadores. Ahí, en ese movimiento, va implícito el germen de las excelentes condiciones que para la humanidad anunciaron no pocos soñadores.

Constantemente se rectifican la expresión y fondo de la vida colectiva. Es el resultado de las modificaciones que resiste el individuo. La condición de

clase es pasajera en la vida del hombre; el trabajador se desenvuelve en ese ámbito porque así convino a los potentados que le oprimieron. Nunca fue voluntad del obrero permanecer en ese mundo discriminado. Anhela otra relación social, otro sistema de vida, más expansión a su inteligencia y a sus satisfacciones.

Nada hay despreciable en aquello que, aunque poco, tribute colaboración al buen destino del hombre. Lo importante es que la aportación sea constructiva. Si los genios inventivos modificaron la faz del mundo es porque aprovecharon el esfuerzo y producto de los humildes. Lo social está constituido de partes complementarias; somos lo que somos, en gran parte, por lo que son y crean los demás.

Sin embargo, las luchas obreras tienen en su haber la parte esencial de lo que ha hecho superar a la humanidad. En el plan de reivindicaciones, el obrero no ha luchado sólo para sí; en el de la producción, de su esfuerzo es quien menos ha gozado. A su favor hay, a más del impulso y sacrificio para emancipar a sus hermanos de clase, la elevación general que, indirectamente, repercute en la sociedad.

La vida del hombre ha sido, es y será, lucha permanente: ésta ha diferido, al través de los tiempos, de características y sentido. Ninguna de las habidas ha sido tan generosa como la iniciada y sostenida por los trabajadores. Es lucha de pensamiento renovador, que tiende a la salvación y tranquilidad del hombre.

Las pugnas de los jerarcas, sean guerreros, religiosos o políticos, fueron trágicas contiendas por bienes y poderíos. Las derrotas, o triunfos, hacían más o menos intensos los sufrimientos, pero nunca, en ello, alentaron la superación de los pueblos. Algún otro pensamiento tenía que situar a la humanidad en otras preocupaciones.

Son los obreros, estigmatizados por el dolor, limitados en recursos culturales y económicos, quienes abren un original ciclo de luchas. El punto de mira de éstas es completamente inédito; no tiene ninguna similitud con los conflictos anteriores.

Irrumpen los trabajadores en el escenario social con singular conciencia. Hay previstas unas metas que nunca otros personajes tuvieron en cuenta. Es

un viraje histórico de entraña laboriosa; en él se hace más visible la epopeya que la reflexión; ostenta una ética solidaria, comunitaria, donde van prendidos los signos de un futuro igualitario.

No es a los poderosos a quienes corresponde esa grandeza. Esos rayos de luz emergen de las chozas, no de los palacios; nacen y florecen y en la conciencia obrera, en el seno del dolor, en silencioso ambiente de rebeldía, retando a los tiranos y a las instituciones que oprimen a los desposeídos. Son destellos luminosos que exhiben virtudes de clase humilde, lanzadas como enfoque humanista hacia esa pantalla que llamamos futuro.

Los progresos habidos bajo los dominios señoriales nunca se vincularon a las más imperiosas necesidades humanas; siempre se destinaron a deleitar la ociosidad de los tiranuelos. La acción bienhechora que podían desarrollar, tuvo un límite infranqueable donde empieza el ámbito de los humildes. Es que, en las estructuras políticas de exaltación autoritaria, sólo vibra la perversidad de sus tutores.

Esa táctica tenía una finalidad bien estudiada. Supieron los opresores de todos los tiempos, y saben también los contemporáneos, que los tormentos son quienes limitan el desarrollo intelectual y producen los mayores extravíos mentales. Por lo cual, al faltar el trabajo, aunque exigüamente remunerado, que es la única garantía de vida que se ofrecía al explotado, ¿En qué otro horizonte de superación personal podía penetrar el obrero?

Este ha sido, pues, entre otros, el principal factor de tortura que ha venido sujetando a los trabajadores a una condición de inferioridad intelectual. A toda costa, desde tiempos remotísimos, señores feudales, dictadores, monarcas, todos aquellos que representan y defienden los grandes intereses privados, mantuvieron tenaz actitud para que el proletariado no superara su standard de vida.

A juzgar por las normas establecidas, y sostenidas por los explotadores de toda condición, las masas deben vivir distantes de todo estímulo progresista, consagradas únicamente a constante y duro trabajo. En este criterio coinciden las dignidades representantes de la divinidad y los jerarcas del comunismo soviético; solamente reconocen las prerrogativas de la persona, si ésta consagra su potestad intelectual al servicio de la casta poderosa.

A la burguesía, y a los poderes estatales, en parte se les ha obligado a rectificar sus programas y pretensiones; el despertar de una fuerza de valor y sentido humano así lo quiso y lo sostiene. La tenacidad, y la dignidad obrera, estaban llamadas a cubrir una primera etapa de equidad social; por propio impulso, e iniciativa, ha tomado contacto con los manantiales del saber, puesta la mirada en metas donde las clases no tienen existencia.

El paso dado en esa dirección significa un engendro social de magnas proporciones; lleva en sí una transformación humana que sintetiza todos los elementos que el hombre necesita para una convivencia de completa seguridad. Si en ello va implícita la garantía de un desarrollo normal y para todos

los seres, en el cultivo de la inteligencia, no es de menos valor la elevación ética que en ese sistema de relación puede conseguirse.

Se inició esa transformación, y la marcha, en sentido general, es irreversible. No se perderán las conquistas efectuadas por el obrero. Si éste no goza todas las posibilidades existentes para cultivarse, con el fin de asimilar y cultivar el patrimonio de conocimientos por todos conseguido, su incorporación a ese mundo va adquiriendo cada vez más solidez y amplitud.

Este principio de convivencia, con la clase que antes tenía el monopolio del saber, no está exento de antagonismos. A los poderosos tradicionales se les ha escapado una de las principales fortalezas que utilizaron para el sostenimiento de sus privilegios. Pero no se rinden a la evidencia de los derechos que proclamaron y proclaman ese triunfo; no quieren comprender es un paso de contenido universalista, con marcada tendencia de fusión humana, que tiene previstas conclusiones de amplio bienestar, incluso para quienes han adoptado actitud adversa.

La explotación económica, y la opresión política, continuarán defendidas por quienes en ese sistema hallaron todas las comodidades y placeres. Plazados en ese sistema de vida, con el concepto de que son clases superiores, no cederán voluntariamente sus prerrogativas históricas. Las interpretan como derechos de conquista, rubricados por la gracia divina, lo que significa un desafío a las actitudes tendentes a hermanar hombres y riquezas.

Las personas que ejercitan esa función no sienten el aguijón de las necesidades que agobian a los trabajadores; hay en ellas una formación que les impide sentir el dolor ajeno; no vibran a tenor de las necesidades imperiosas de la humanidad. Por eso hacen hincapié en que el obrero no se supere, que permanezca como ente servil, para que no logre saborear el placer de la cultura y de la libertad.

No importa desde qué ángulo se mire, la actitud de los poderosos es antisocial. Si en el castigo viéramos alguna solución, en ellos veríamos a los delincuentes de mayor responsabilidad penal. En aras al sostenimiento de sus privilegios obstruyen el cultivo intelectual de la mayoría de las personas; la poca instrucción que permiten a los desposeídos es auxiliar de las instituciones que apoyen la esclavitud y la miseria. Es la norma que dificulta a los hijos del pueblo que adquieran su plena personalidad.

No existe posibilidad de conciliar esos extremos por procedimientos pacíficos. El derecho a la cultura tiene planteados los mismos dilemas que el derecho al pan y a la libertad. Es imprescindible la lucha para la emancipación integral de los oprimidos. Culturalmente se ha logrado algo de lo mucho que nos pertenece; es una fuerza más de combate que contamos, no para eternizar la lucha, tal como hoy la tenemos planteada, sino para forjar el destino de un humanidad de seres cultos, libres e iguales.

Por un combate anarquista

por JOSE MUÑOZ CONGOST

Fraternalmente, al compañero Ramón Liarte, y a tenor de su trabajo «La tarea de los anarquistas (CENIT nº 186. Enero-febrero).

En el conjunto de acontecimientos sociales, con sello de marcado rechazo a lo estatuido, que se registran en todos los horizontes sociales y de manera especial en los países dominados por la «política de mercados», han querido ver muchos de nuestros amigos un renacer evidente del anarquismo, en acción crítica. Y, sobre todo, en esa oposición rebelde de las nuevas generaciones que, marcando con estampilla infamante de «injusticia social» el panorama político consagrado por la inercia de sus predecesores, se quieren apuntar triunfos ideológicos para nuestras humanas concepciones.

Como dijimos en trabajo precedente, esa revuelta, consciente en unos, instintiva en otros, de fondo individualista en algunos, de agitación folklórico en ciertos, lleva en sí raíces humanas de reivindicación de la dignidad, de ruptura con las aceptadas servidumbres que son la norma de nuestros contemporáneos en general. Y por ser gesto del hombre que quiere encontrarse, viene necesariamente a coincidir con los objetivos cuya realización busca el anarquismo.

Y aun sin saberlo, el fenómeno libertario se da con toda su proyección vital, que, negando el presente, acepta implícitamente la rebusca de nuevas fórmulas de existencia social, desembarazadas de todas las trabas, las coacciones, las limitaciones que hoy la imponen esas monstruosidades que se elevaron a normas con el nombre de legislaciones.

Nos viene todo ello cual galopar de ideas que quisieran precipitarse, cada una antes que otra, a la lectura del trabajo a que nos referimos y con el que hemos de decir, antes que otra cosa, nuestra coincidencia con el sentimiento que refleja de A a Z.

Si a continuación puntualizamos que los anarquistas tenemos mucho que perder a la par que mucho que ganar en el proceso de transformación cuyo comienzo aparece en las horas presentes, no se vayan a creer en la contradicción con lo afirmado anteriormente.

Nos explicaremos:

Como en todo periodo de gestación social, de mutación en las modalidades de coexistencia individuo-sociedad, no hay fatalidad, ni determinismo alguno, que fije trayecto, ruta, ni orientación de la misma.

Las fuerzas más o menos coaligadas de todos los intereses que juegan su existencia, su supervivencia, cuando la cuestión de la emancipación total del hombre adquiere

relieves de emergencia fundamental, realizan inmediatamente cuales pueden ser las posibilidades de desorientación organizada de esas fuerzas colectivas cuya acción fue espontánea.

Por ello afirmamos que los anarquistas tenemos mucho que perder si estas desviaciones se llevan a cabo. Y ese mucho que perder es precisamente el objetivo fundamental: el hombre.

La gran conspiración está ahí. Para esa acción que promete soluciones económicas, financieras y que da como panacea la abdicación de la responsabilidad cedida contra un paquete de comodidades, que disfraza su voraz apetito de intimidad humana de individualidades, a las que sacrificar en el altar imponente del aparato económico, no le faltan fuerzas, ni medios de todo orden.

Apoyándose en falsos egoísmos, halagando en el espíritu cansado del hombre sometido, la posibilidad de un acceso a un nivel superior, pone en la balanza de las decisiones, la esperanza de su realización confiada a manos de los «elegidos» especialistas de la acción política.

Para apoyar nuestras afirmaciones, la historia no falta en ejemplos de desviación de las revoluciones hacia objetivos distintos e incluso antagónicos con aquéllos que provocaron la revuelta inicial.

Y no es que la lucha sea (como dice Liarte) balancín, que se inclina unas veces del lado conservador y otras del lado revolucionario. El balancín restablece el equilibrio, cada vez, entre dos vaivenes y en la lucha revolucionaria el equilibrio es inestable cuando no inexistente: es un esfuerzo constante de enderezamiento del camino que muchos quieren tortuoso para mejor aprovechamiento de sus ambiciones personales.

La lucha es empeño por el logro de equilibrio entre el hombre y los hombres y contra la fuerza inmensa de todos los autoritarismos que pretenden seguir manteniendo el desequilibrio del abuso, que sólo la presencia permanente de la coacción permite.

Es un combate de fin aún incierto, entre quienes buscando la igualdad de posibilidades y disponibilidades sociales y económicas para los humanos, hemos de enfrentarnos con aquéllos que siguen aumentando las suyas, las de las minorías del privilegio dirigente, a costa de la creciente disminución de las disponibilidades de todos los demás, inmensa mayoría, que quisieran pasiva.

Dentro de cada país o por encima de ese mosaico ridículo de nacionalidades el ejemplo viviente de esas diferencias flagrantes de disponibilidades, entre clases sociales, pueblos y razas, son la mejor confirmación de que no hay tal balancín.

Hay un esfuerzo de ariete contra un muro inmenso, reforzado con el peso muerto de todas las inercias y de

todas las abdicaciones, de todas las concesiones de la cobardía, amontonadas a través de los siglos.

Tampoco podremos calificar ese combate permanente que hoy se prosigue y no se inicia como algunos quisieran dar a entender, como combate entablado el hombre contra el hombre.

Creerlo así sería negar el principio mismo de la fraternidad que forma en el frontispicio del anarquismo, cual imagen fiel de nuestras aspiraciones.

No puede haber este combate. El hombre, ente social que busca su camino, que se lanza a la conquista de su proyección sin límites en el conjunto armonioso de sus semejantes, no encuentra nunca frente a él, otro hombre. Si un conglomerado informe de intereses cuyos dirigentes abdicaron su papel de hombres para convertirse en agentes ciegos, en escalas diferentes, desde las cumbres de la autoridad hasta los más serviles de sus estipendiados, provocando un permanente holocausto de víctimas necesarias para saciar su voracidad de Molochs modernos. Y la causa del bien ganará o no ganará la batalla esta vez, una vez más, en que el combate vuelve en eterno recommienzo.

Ello dependerá en parte de esa misma acción decidida del anarquismo militante, de su presencia y de la eficacia de su acción revolucionaria.

Crear que el hecho humano, que el incidente espontáneo, que el clamor protestatario acabará por desembocar necesariamente en realizaciones libertarias, es querer ignorar la presencia poderosa de fuerzas sociales cuyo objetivo es la sucesión de la autoridad, no su destrucción pura y simple.

En ese embate de desviaciones, la presencia vigilante se impone. Y con ella la acción decidida en el orden ideológico y material para evitar la confusión provocada.

Y no nos referiremos hoy a esa pugna de ideas, empujadas entre grupos, pretendiendo encontrar síntesis imposibles de acción entre objetivos contradictorios, entre la libertad y el totalitarismo pretendidamente socialista, ni entre la proyección integral del individuo, ser consciente, en interpenetración y comprensión con los demás, con el endocrinamiento colectivo a los principios dogmáticos establecidos una vez para siempre por el superlíder, ser providencial, convertido en dios de masas. Dejaremos, pues, ese tema para otra ocasión, que creemos necesaria, simbolizándola en una frase: «Si la verdad puede estar en los libros, ella no estará nunca en un solo libro, por grande o por pequeño que sea».

Como no creemos y así lo venimos afirmando en la inevitabilidad del proceso evolutivo de la sociedad hacia la anarquía, y nos consta que frente a ese proceso natural, hay múltiples factores de oposición, desviación y freno, tampoco podemos creer mucho, como principio permanente de la acción revolucionaria, en la sola espontaneidad de las masas protestatarias.

No negaremos, el hacerlo sería huero, la espontaneidad del fenómeno violento, físico, material, del hecho revolucionario, desencadenado siempre por un detonador que provoca la subida a la superficie de la sorda conspiración mal contenida durante un cierto tiempo en los espíritus no sometidos al abuso.

Y aun cuando los anarquistas no pretendemos imponer y sí ayudar la gestación y desarrollo de la revolución, por ese mismo principio e intención, nuestra acción ha

de ser vigilante, para evitar todas aquellas imposiciones que pudieran venir de donde quiera que viniesen.

No se trata tan sólo de ayudar, de participar de lleno en la revolución. Habrá que defenderla en todas sus fases contra todos los mercaderes de la política y de las panaceas autoritarias. En las barricadas un día. En la puesta en marcha de los organismos sociales y económicos de la revolución más tarde. En la vida social toda, que ha de brotar en la fase constructiva en continua evolución.

Y mal vemos en esa espontaneidad no organizada, que algunos de nuestros amigos defienden como bastión del individualismo y como reacción a la vida de sometimiento social contra la que la revolución se insurge; mal vemos en esa espontaneidad, repetiremos, las posibilidades de vencer la acción metódica y organizada de las fuerzas encuadradas, disciplinadas de organizaciones de sedicentes matices revolucionarios y en lucha por la conquista de la supremacía para una minoría distinta de la que se pretende derribar.

La lección de horas pasadas es elocuente. No vamos a repetirla. El principio de la organización anarquista no es, cual algunos pretenden presentarla, una contradicción con la idea. Si el anarquismo implica libre contrato, no fue nunca pulular de egoístas solitarios, sino asamblea libremente aceptada de seres solidarios, sin lazos permanentes, quizá, sin directivas trazadas, pero unidos por aspiraciones semejantes, por lazos de afinidad, creados o anulados según la voluntad misma de sus componentes y la razón de su libre albedrío.

Lo que no podrá nadie, en nombre de las ideas anarquistas es querer trazar normas fijas ni permanentes a la organización anarquista en todos tiempos y lugares.

Esta organización, siendo el fruto de la voluntad de los anarquistas, de algunos anarquistas, no puede ni ser impuesta por estos algunos ni condenada en bloque por otros, ni legislada por nadie para nadie.

Si nosotros la creemos necesaria, iremos con aquéllos que así lo estimen a su formación, libres de dejarla cada uno o de disolverla si llegado el momento así se estima.

Y aquéllos que estiman innecesaria su existencia, libres son de proseguir su acción como mejor lo entiendan.

Vamos más lejos. Como la organización anarquista no puede ser uniforme, aun y dentro de los partidarios de ella y de su acción, hay quienes estiman como base el grupo de afinidad, quienes celosos de su individualidad y animados de un deseo de labor en las masas, prefiere la acción a través del anarcosindicalismo en las sindicales de la A. I. T., quienes ligan ambas actividades sin contradicción de intereses, porque el campo de actividades del anarquismo es más que vasto.

Lo que no es anarquista es enzarzarse en debate interno, no por el debate en sí, siempre forjador de conocimientos, sino cuando en el mismo se pretende vencer y no convencer.

Es por consecuencia contrarrevolucionario minimizar sistemáticamente una acción porque la haya realizado quien, aun pensando en anarquista, no acusa la misma óptica de quien condena en nombre del anarquismo.

En ese juego libre de todas las posiciones de los defensores de nuestras ideas que se nos permita a los partidarios de la organización anarquista creer que a través de ella, podremos, en todo momento, asegurar con mayores

La cultura tradicional ante el mundo moderno

por **RODOLFO ROCKER**

TODA obra alcanzada despierta la necesidad de avanzar hacia una mayor perfección; nos incita a lograr nuevos factores espirituales desconocidos. De ahí que la cultura sea siempre creadora y que busque nuevas formas de expresión. Se parece al follaje de la selva tropical, cuyas ramas tocan la tierra y echan sin cesar nuevas raíces.

Por principio de interés creado, la dominación política tiende hacia la uniformidad. En su intento de ordenar y dirigir el proceso social de acuerdo con determinados postulados, procura siempre someter todos los aspectos de la actividad humana a un cartabón único. Con ello incurre en la contradicción insoluble con las fuerzas creadoras del proceso cultural superior, que pugnan siempre por nuevas formas y estructuras, y, en consecuencia,

están ligadas a lo multiforme y diverso de la aspiración humana.

Entre las pretensiones políticas y económicas de dominio de las minorías privilegiadas de la sociedad y la manifestación cultural del pueblo existe siempre una lucha interna, pues ambas presionan en direcciones distintas y no se dejan fusionar nunca voluntariamente; sólo pueden ser agrupadas, por una aparente armonía por coacción externa y violación espiritual. Ya el sabio chino Lao-Tsé reconoció esa contradicción cuando dijo:

«La comunidad es colaboración de fuerzas y, como tal, según el pensamiento, no se deja dirigir por la fuerza de un individuo.»

Nietzsche ha concebido en lo más profundo esa verdad. Lo que ha dejado escrito sobre la decadencia de la cultura alemana es de la más expresiva importancia y encuentra su confirmación en la ruina de toda suerte de cultura.

«Nadie puede dar más de lo que tiene; esto se aplica al individuo como se aplica a los pueblos. Si se entrega uno al poder, a la gran política, a la economía, al tráfico mundial, al parlamentarismo, a los intereses militares; si se entrega el tanto de razón, de seriedad, de voluntad, de autosuperación que hay hacia ese lado, falta del otro lado. La cultura y el Estado — no hay que engañarse al respecto — son antagónicos. «Estado cultural» es una idea moderna. Lo uno vive de lo otro, lo uno prospera a costa de lo otro. Todas las grandes épocas de la cultura son siempre de decadencia política; lo que es grande en el sentido de la cultura, es apolítico, nace y prospera al margen del Estado.

Para Aristóteles el hombre era un «creador del Estado», llamado por toda su naturaleza a ser ciudadano bajo un gobierno. Sólo por ese motivo condenaba el suicidio, pues negaba al individuo el derecho a privar de su persona al Estado. Aunque Aristóteles juzgó bastante desfavorablemente el Estado ideal de Platón, y calificó especialmente la comunidad de bienes a que éste aspira como «contraria a las leyes de la naturaleza», el Estado en sí y por sí era, para él, a pesar de todo, el centro en torno del cual giraba la existencia terrestre. Y como igual que Platón, opinaba que la dirección de los asuntos del Estado debía estar siempre en manos de una pequeña minoría de hombres selectos, destinados por la naturaleza misma para ese oficio, tuvo necesariamente que justificar el privilegio de

POR UN COMBATE ANARQUISTA

posibilidades de acción la defensa de los objetivos y de las realizaciones revolucionarias.

Que a través de ella estemos convencidos de mejor garantizar la posibilidad de realizaciones humanas que el anarcosindicalismo encierra en sí como fuerza vigilante de las conquistas libertarias, frente a autogestores dirigidos desde las cumbres políticas cual hoy abundan.

La revolución social actual es fenómeno de revulsión en profundidad. Las posibilidades de eclosión vienen del esfuerzo mantenido y permanente de los hombres en labor de superación constante.

No todo es algarada y agitación superficial. Hay humo en los rescoldos de una hoguera aun cuando ésta se apaga. Y no se trata de dejarla apagar, alentando con la idea de que hay humo aún, sino de alimentar esa hoguera capaz de determinar con todo lo impuro que constituye el contrato social hoy vigente.

Si la agitación es necesaria, si puede ser revolucionaria, ella no es toda la revolución ni puede limitarse a eso. Significa algo más intenso.

La barricada no representa, si tras ella, en lugar de encontrar al hombre que sabemos consciente, encontramos al servidor fiel de cualquier «clique» presto a ceder mañana sus responsabilidades de hombre libre.

Crear un estado psicológico o ayudar a su creación, es labor de resultados positivos cuando a la par hay penetración revolucionaria en las conciencias. Y eso, creemos, es la labor de la organización anarquista. Por esa razón nos debemos a ella y queremos ver en ella la tarea común de los anarquistas.

los elegidos en base a la supuesta inferioridad de las grandes masas del pueblo, y atribuir esa situación al poder férreo del proceso natural. Pero en esas nociones arraiga, en última instancia, la «justificación moral» de toda tiranía.

La cultura no se crea por decreto; se crea a sí misma y surge espontáneamente de las necesidades de los seres humanos y de su cooperación social. Ningún gobernante pudo ordenar a los hombres que formasen las primeras herramientas, que se sirviesen del fuego, que inventasen el telescopio y la máquina de vapor o versificasen la «Iliada». Los valores culturales no brotan por indicaciones de instancias superiores, no se dejan imponer por decretos ni vivificar por decisiones de asambleas legislativas. Ni en Egipto, ni en Babilonia, ni en ningún otro país fue creada la cultura por los potentados de las instituciones políticas de dominio; éstos sólo recibieron una cultura ya existente y desarrollada para ponerla al servicio de sus aspiraciones particulares de gobierno. Pero con ello pusieron el hacha en las raíces de todo desenvolvimiento cultural ulterior, pues en el mismo grado que se afianzó el poder político y sometió todos los dominios de la vida social a su influencia, se operó la petrificación interna de las viejas formas culturales, hasta que, en el área de su anterior círculo de influencia, no pudo volver a brotar una sola chispa de verdadera vida.

Grecia y Roma son únicamente símbolos. Toda su historia es sólo la confirmación de la gran verdad de que, cuanto menos desarrollado está en un pueblo el sentido político del poder, tanto más ricas son las formas de su vida cultural; y cuanto más preponderan las aspiraciones políticas de poder, tanto más desciende el nivel general de la cultura espiritual y social, tanto más sucumbe el empuje natural creador y todo sentimiento profundo del alma, en una palabra, todo sentido de humanidad. Lo espiritual es desplazado por una técnica inerte de las cosas, que solamente conoce cálculo y está lejos de todos los principios éticos. La fría mecanización de las fuerzas ocupa el puesto de la circulación viviente de toda actividad social. La organización de las fuerzas sociales no es ya un medio para logro de objetivos superiores de la comunidad, algo que se ha vuelto orgánico y que está siempre en proceso de desarrollo, sino que más bien se vuelve yermo y objetivo de sí mismo y conduce gradualmente a la paralización de toda actividad creadora y superior. Y cuanto más reconoce el hombre su incapacidad interior — que no es sino una consecuencia de esa mecanización — más desesperadamente se aferra a la forma muerta, buscando su salvación en la técnica, que devora su alma y hace de su espíritu un desierto.

Tagore expresa en términos precisos y substanciosos el profundo sentido de este fenómeno. Dice:

«Cuando la máquina organizadora comienza a tomar gran empuje y cuando los que en la máquina trabajan han venido a ser piezas de la misma, el hombre personal se elimina, no quedando de él más que un fantasma; todo lo que antes fue hombre es ahora máquina, y la gran rueda de la política gira sin el más ligero sentimiento de compasión ni de responsabilidad moral. Podrá suceder que, aun en el inanimado engranaje, intente afirmarse la naturaleza moral del hombre; pero los cables y las poleas chirrían, las fibras del corazón humano se enredan en el rodaje de la máquina, y sólo con gran trabajo puede la voluntad moral obtener una imagen pálida y fragmentaria de lo que anhelaba.»

Grecia produjo una gran cultura y enriqueció a la humanidad por milenios, no aunque estaba políticamente desmenuzada, sino precisamente por eso. Porque les fue extraña la unidad política, los miembros particulares pudieron desarrollarse con entera libertad y expresar su característica singular. En el desmembramiento de las aspiraciones políticas de poder ha crecido la cultura griega. Porque el impulso cultural de creación, que se manifestó tan vigorosamente en la comuna helénica, predominó con mucho y por largo tiempo sobre la voluntad de poder de pequeñas minorías y permitió así a la libertad personal y al pensamiento independiente un más amplio espacio de juego, por eso y sólo por eso halló la rica multilateralidad del querer cultural un campo ilimitado de actividad, sin quebrarse ni doblegarse ante la rígida barrera de un Estado nacional unitario.

Roma no conoció esta disgregación: la idea de la autonomía política no cuajó en el cerebro de sus dirigentes; en cambio, la de la unidad política aparece como un hilo rojo en todas las épocas de su larga historia. Roma, en materia de centralización política, llegó al más alto grado, y precisamente por eso los romanos, no sólo no produjeron nada esencial en el campo de la cultura, sino que en todos los demás terrenos de la actividad creadora aparecen como un pueblo sin espíritu original al que estaba vedado penetrar y profundizar la esencia de la obra cultural de los otros pueblos.

El Estado unitario nacional español secó las fuentes de la cultura de un pueblo que iba a la zaga de la divina Grecia. España fue la primera gran potencia del mundo, y sus esfuerzos en el terreno del poder político influyeron enormemente en la política europea; pero con el triunfo del Estado unitario español y con la brutal supresión de todos los derechos y libertades locales, se secaron las fuentes de toda cultura material y espiritual, cayendo el país en un lastimoso estado de barbarie. No lograron salvarle del colapso cultural las inagotables corrientes de oro y de plata que aflúan de las jóvenes colonias de América a la metrópoli. Mas bien podría decirse que la aceleraron.

Los derroteros de nuestra libertad

por **MOISES MARTIN**

POR uno de los injustificables extravíos de la evolución histórica que caracterizan a esta hora, España, el primer pueblo en alzarse y luchar contra la concepción totalitaria de la existencia, está siendo excluida deliberadamente del alto tribunal de la justicia y el derecho internacional. La llamada razón de Estado que hoy dirige la marcha de los acontecimientos mundiales, sofoca y cercena en flor a la razón humana. La sevicia gubernamental franco-falangista, ha transformado al país amante del trabajo responsable y de la inteligencia redimida en ancho campo de la corrupción moral y del trabajo forzado. Un pueblo de hombres hidalgos ha sido convertido mediante el ejercicio arbitrario de la violencia impuesta por el poder usurpador, en vulgar rebaño de gentes indefensas paciendo en los rocarrales de la incultura y la degradación más espantosas.

LA España que luchó por irradiar su luz espiritual, sufre derramando gotas de sangre mártir. El régimen de Franco, afrenta y escarnio de nuestro tiempo, sigue cabalgando a horcajadas de la doliente sociedad española, siendo tolerado y sostenido merced a la conllevancia e indiferencia de las Naciones que dicen luchar por la causa de la libertad y la dignidad del hombre.

Todo crimen perpetrado contra la razón humana debe ser combatido. España, atada de pies y manos, proscrita y amordazada dentro y fuera de sus fronteras, exige una reparación. Si los hombres de buena voluntad quieren, puede ser tiempo aún de reparar tamaña injusticia.



No es cierto que nuestro país esté agotado cuando tantos ejemplos viene dando de su vitalidad creadora, removiendo a las conciencias aletargadas con su silencio activo. El término «crisis» nada tiene que ver con la tragedia fecunda de España. Porque crisis es postramiento, sombras en la luz del pensamiento, vacío completo; ¡Nada!

Nuestro país ha sido el primero, sin duda, que ha hecho los

ensayos más atrevidos y responsables en la lucha por la justicia social. Ahí está su obra económica basada en el colectivismo agrario que Joaquín Costa nos legó como doctrina del derecho político moderno; llevar a cabo pareja acción constructiva en plena guerra civil, supone estar en plenas facultades, es hallarse en posesión de todos los medios físicos e intelectuales. Un pueblo revolucionario que hace una revolución, no está nunca en crisis, sino en estado de gestación y de fecundidad.

Frente a la Europa sacudida por el huracán de la violencia que ha venido buscando durante estos últimos años su ideal en la teoría del exterminio y la muerte, la España obrera y liberal ha buscado la justicia como fuerza incubadora del renacimiento humano. España ha luchado por encontrar el verdadero camino del mundo moderno, equilibrando al hombre por medio de la naturaleza, oponiendo el bien al mal, el derecho contra el sacrificio del hombre.

Nosotros no toleraremos jamás que se mutile la personalidad del hombre. Somos la hechura misma de Don Quijote, imagen de la idea que, hasta en sus acciones más volitivas, no se aleja nunca de la realidad cotidiana.

La monstruosa mutilación que viene sufriendo el cuerpo desangrado de España, es llevada a cabo por los que entran a saco en todas las riquezas, despilfarrando sin orden ni tasa el esfuerzo y el sudor consentidos por la clase obrera.

Contra los intelectuales amantes del progreso y defensores de la sabiduría; contra los técnicos que soñaban para la nación un porvenir próspero y venturoso, contra la sufrida y capaz fuerza obrera, desde hace 33 años de Gobierno unitario, se viene practicando una represión cruel con la ciega pretensión de contener el avance de las corrientes regeneradoras de la sociedad. Mas a pesar de los infotunios pasados, de las humillaciones presentes, la esperanza indeclinable puesta en los objetivos de liberación no cesa ni decaerá jamás. Nuestra divisa de lucha es categórica: **¡No ceder a la tiranía, perseverar hasta vencer!**

La lucha que heroicamente sostiene nuestro querido pueblo ha sido negada por unos y por otros; pero sería fácil culpar a los demás de las desdichas que padecemos. O somos capaces de patentizar con hechos que podemos vivir dentro de un régimen libre y digno, o Franco y sus corchetes proseguirán cabalgando en la do-

liente sociedad española; o somos hombres capaces de unir fuerzas, atando energías y uniendo voluntades para librar la batalla que nos espera, o el Estado usurpador seguirá comprometiendo la vida, la paz y la salud de España.



Cuando Hitler y Mussolini creían dominar el mundo y el pigmeo fue proclamado como la espada más brillante de Europa, Franco se declaró nazi-fascista, haciendo declaraciones de fe totalitaria más contundentes que el mismo Doctor Goebels; más tarde, en nombre de la Iglesia Católica, Apostólica y Romana, siendo «caudillo» por la Gracia de Dios, no de los Hombres, se hizo moro y defensor de la morería, a la que llevó hasta su cámara nupcial; pero una vez ganada la segunda guerra mundial por las

fuerzas Aliadas, se hizo americano.

La Europa que quiere Franco, es la Europa del reino del crimen, forjada sobre las viejas aristocracias afanosas de imponer el trabajo forzado mediante la intimidación. Por contra, la auténtica democracia española, basada en la inteligencia libre, la moral humana y el trabajo responsable, tiende a reconstruir la unidad europea apoyándose sobre los municipios libres, los sindicatos obreros y las Escuelas Modernas.

Sólo podrá hacerse una Europa habitable para todos cuando ponga fin a las dictaduras todas que nos degradan, cuando el hombre se sienta libre en una Confederación de pueblos independientes asociados entre sí; cuando la aristocracia del trabajo manual e intelectual ocupe el puesto que hoy usurpan los dictadores.

Hay que trabajar unidos para que España rompa las cadenas

de la opresión y se incorpore a la vida legal para hacer un nuevo ciclo histórico como pueblo libre y creador. Somos un pueblo desgraciado que desde hace muchos años vivimos a merced de las potencias extranjeras. España, no hace más que mirar hacia los demás países buscando con afán la manera de modelar su orientación nacional, olvidando una premisa importante: Debe mirarse a sí misma, sacando fuerzas de flaqueza para emprender la ruta de sus propios destinos. La mayoría de los intentos salvadores que se han venido formulando han pecado de unilaterales, de sectarios. Imposible se hace especular por más tiempo con el dramatismo trágico de nuestro pueblo. Urge establecer un principio de acción que nos permita luchar unidos, hasta conseguir derrocar a la tiranía nazi-franquista. La libertad no puede ser un privilegio de casta, sino un derecho de todos.

IDEAS MATRICES

E S suficiente notorio que para encender una vela hace falta a lo menos que la vela esté apagada. Del mismo modo, para sentir un afán de combatir hace falta a lo menos no estar convencido de que se ha ganado ya una batalla. No hay estado de espíritu más divergente que el del combatiente y el del triunfante. El que, en efecto, quiere luchar, empieza por creer que el enemigo existe, que es poderoso; por tanto, peligroso; por tanto, respetable. Procurará en vista de ello aunar todas las colaboraciones posibles; empleará todos los resortes de la gracia persuasiva, de la dialéctica, de la cordialidad y aun de la astucia para enrolar bajo su bandera cuantas fuerzas pueda. El que se cree victorioso procederá inversamente: tiene ya a su espalda e inerte al enemigo. No necesita andar con contemplaciones, ni halagar a nadie para que le ayude, ni fingir actitudes amplias, generosas, que arrastren en pos de sí a los corazones. Por el contrario, tenderá a reducir sus filas para repartir entre menos el botín de la victoria, y, marchando en vía recta, tomará posesión de lo conquistado. La acción directa, en suma, es la táctica del victorioso, no la del luchador. — ORTEGA Y GASSET.

Elementos esenciales de la historia

D OS son los elementos esenciales de la historia: la tierra y el hombre. Hombre sin tierra y tierra sin hombres no dan material histórico. Y el primer capítulo de cualquier historia es el que habla del aprovechamiento de aquella por el ocupante: indirectamente (aprovechamiento de los productos espontáneos; cogida de frutos y hierbas, caza, pescado) o directamente (agricultura). Toda labranza es una toma de posesión que dura lo que aquella. Tal es el origen legítimo de la propiedad; la tierra inculta es de todos; la posesión la da el aprovechamiento. El labrador es el único dueño en derecho. Luego viene el conquistador, somete al trabajador y alzáse con la propiedad. Después el historiador, falsificador de la historia, cubrirá la conquista de laureles, legitimará el robo, hará héroe al ladrón, y con este adulterado producto falsos maestros envenenarán el alma de los niños siglos tras siglos. — Gonzalo de REPARAZ

ACTO PRINCIPAL DEL ESTADO

CON FRANCO,

«ESE HOMBRE»

Asesinato de Miguel de Unamuno

(Continuación)

por FLOREAL OCAÑA

POR otra parte, ¿no están perdidos también para el progreso social y humanitarista los traidores que ayer se llamaron revolucionarios o simplemente antifranquistas, y hoy han pasado al campo de la anti-España a «razonar» con falangistas, curas y bachilleres con escapularios?

Afirma Ramón J. Sender «que la filosofía de Unamuno — si se puede llamar así — es reaccionaria de principio a fin, de cabo a rabo. Y no sólo en lo social, económico o político sino en lo religioso.»

Ya hemos leído que Miguel de Unamuno proclamó «que el mal viene de Roma», llamando «fatídico» al papa, al jefe de las fuerzas negras medievales que detentan «la guardia del sepulcro de Don Quijote», y que escribió sobre el llamado «Movimiento Nacional» seis años antes que se alzara: «Tenemos que evitar — dijo en 1930 — el fascismo, ya que el bolchevismo no hay aquí temor. El temperamento más bien anarquista de nuestro pueblo lo rechaza.»

También sabemos cuánto Miguel de Unamuno repudiaba al fascismo por las manifestaciones que hizo el 16 de julio de 1936, en Salamanca, que ya hemos reproducido, anticipándose apenas veinticuatro horas al alzamiento iniciado por «Franco, ese hombre» el 17, al día siguiente, en el norte africano. Asimismo recordamos sus protestas contra la «obra de muerte» del Movimiento nacional fascista, desde el primer día que la inició, al tener conocimiento del asesinato de dos amigos suyos y demás crímenes en masa que aquél realizaba. Y lo más conocido y sabido cuando buscó y encontró la oportunidad de hacer frente a la anti-España, cara cara, en presencia de testimonios nacionales e internacionales para que ya nadie pudiera falsear ni tergiversar su verdadero pensar y sentir, que escupió al rostro asesino y destructivo de aquélla el 12 de octubre del mismo año en el salón de actos académicos de la Universidad de Salamanca.

Repetimos algunas de las palabras escritas por Miguel de Unamuno, opinando sobre religión, porque proyectan, al respecto, a nuestro entender, lo más hondo y sinceramente sentido de lo íntimo de su mundo subjetivo, de su yo mismo, de su personalidad: «A una religión hay que oponer otra religión, un sistema filosófico es imposible y absurdo, ya sea el escepticismo o el agnosticismo. Ya sé que existe la religión de la ciencia en la que yo

nunca he creído. Pero existe la religión de la fraternidad de todos los pueblos, en la cual creo yo.»

Ni religión alguna, aunque se llame política, ni por la ciencia hecha religión, que nos haría caer asimismo en el dogmatismo como ya lo intentan, sin advertirlo, algunos deterministas-mecanicistas. Miguel de Unamuno cree en una religión de la fraternidad entre los seres humanos. Y es que ciencia sin ética en el hombre que la aplica, que lleva a obras de destrucción y muerte, es contraria a la libertad, al bienestar y a la fraternidad entre los pueblos. Hemos, pues, de luchar porque la ciencia contribuya, totalmente, a obras de vida en bien de todos los componentes de la especie humana y sea, siempre, un factor más de fraternidad en el seno de ésta.

¿Por qué Ramón J. Sender y tantos otros sujetos peor educados que él por los malos sistemas pedagógicos autoritarios no se esfuerzan por detenerse — como hacemos nosotros — más en lo bueno o mejor de lo hablado y escrito por Miguel de Unamuno y no en lo erróneo o malo que éste escribió destacando más, mucho más, lo primero que lo segundo por ser, en realidad, lo predominante en el ser de su mundo subjetivo y constituir los datos o valores psicológicos que señalan que podía evolucionar, ética e intelectualmente, hasta encontrarse a sí mismo, en una situación vital determinada como le ocurrió al verse enfrentado al nazifascismo sin poder ni querer rehuir el choque con el mismo en julio de 1936?

Pese a todos los embates directos e indirectos que sufrió y sufre todavía la obra de Miguel de Unamuno de todos los acérrimos enemigos del progreso social y humanista, de los envidiosos insanos y de los mediocres de todas las clases, que ponen en evidencia su inferioridad moral e intelectual, las fracciones que hemos extraído de la psicología profunda de aquél constituían los elementos éticos y filosóficos universales que fueron evolucionando y afirmándose en su espíritu. Se desarrollaron en las circunstancias favorables, y al unificar todos los valores superiores que batallaron en su ser contradictorio por colocarse en el más alto nivel de conciencia acabaron por lograrlo y representar la característica única, global, de su sólida e indestructible personalidad para todos los tiempos.

Unamuno frente a los «voceros» de la revolución

Lo reconocemos los humanistas libertarios, que así pensamos y sentimos, pese a lo poco bien que habló de nosotros, algunas veces, antes de iniciar el fascismo las hostilidades bélicas y crueles contra la España del Quijote. Pero no está demás recordar que también en el pasado fuimos perseguidos y encarcelados por la República, haciéndonos ésta algunas víctimas, como asimismo por las fuerzas, por ejemplo, del gobierno de la Generalidad de Cataluña, siendo presidente Luis Companys, asesinado también por el franquismo. Y éste, en julio de 1936, rectificó y elogió, en grado superlativo, a los hombres de la C. N. T., de la F. A. I. y de las Juventudes Libertarias al presentarse ante él, armados, en el palacio del gobierno, una comisión de estas organizaciones que constituyeron las fuerzas mayoritarias que decidieron la victoria antifranquista en Barcelona y en toda la región catalana, expresándoles, en aquella hora terrible, con sincera emoción, su agradecimiento y cuán injustamente se había comportado antes con nosotros, los libertarios, que sufrimos persecuciones, detenciones y amenazas de muerte de los representantes policíacos y militares del gobierno de la Generalidad de Cataluña.

Ni más ni menos que Luis Companys, tanto o más sinceramente que éste, habría hablado, a viva voz, Miguel de Unamuno, de habernos podido dirigir personalmente la palabra, al tener conocimiento de lo mucho y generoso que hizo el Movimiento Libertario español para evitar que el fascismo triunfara, desde el primer momento, en horas, en toda España. Y consideramos que Miguel de Unamuno no habría rectificado nunca su buena opinión al respecto. Si lo hicieron, villanamente, los desagradecidos políticos — ¡no les bastaba haber salvado sus vidas! —, de todos los partidos, que debían a los libertarios no haber perecido a manos del fascismo. Bien sabido es que sin importarles que su desagradecida, inmoral y criminal actitud beneficiara a los ejércitos nazifasciofranquistas se alzaron, en mayo de 1937, en Cataluña, intentando exterminar a todos los libertarios. Y sólo pusieron en evidencia que éstos continuaban siendo mayoritarios y llevaron su generosidad a no pagarles con la misma moneda: exterminando a los llamados «antifranquistas» que pretendieron exterminarnos con la misma bestialidad que los fasciofranquistas destruían a sus opositores ideológicos. Fracasaron en su intento de reconquistar el poder político, totalmente, acabando con todas las fuerzas representativas del progreso social desmintiendo, con su conducta, con su obrar torcido, que, políticamente, son democráticos, respetuosos con la decisión mayoritaria popular que pertenecía al Movimiento Libertario en las cuatro provincias de la región catalana.

Y si no hemos ocultado o silenciado lo que el rector salmantino escribió de injusto contra nosotros, los libertarios, en particular sobre nuestro compañero Francisco Ferrer y su obra pedagógica, antes de 1936, nos consideramos con derecho a transcribir sólo unas pocas líneas de lo mucho

hablado y escrito por él sobre la «revolución» que los republicanos de todas las clases, con los socialistas y demás marxistas gritaban haber hecho con la República española del 14 de abril de 1931.

«Hay mucho por hacer — dice Unamuno — y por combatir todavía. Yo creo que si las matemáticas matan, son mentiras las matemáticas. Ved cómo se han torcido nuestros ideales, y cómo se obra con una lógica de Sancho, que es escolástica, puramente verbal. Todavía no hemos hecho nada. Nada. ¿Revolución? ¡Qué mito! Unos dicen haberla hecho, la revolución, la suya; otros manifiestan que está por hacer. «Haremos nuestra revolución.» Pero ¿cabe decir nunca hemos hecho una revolución? Una revolución es siempre un inacabable quehacer. Porque una revolución se revoluciona a sí misma. ¿Es que aquéllos mozos quieren hacer una revolución; Más que lo dudo. Lo que quieren los más de ellos es que la revolución los haga. Los haga hombres, o, más claro, los coloque. Es una nueva generación en busca de empleo.»

«Se dice que estamos en una República de Trabajadores, y por los últimos acontecimientos más bien creo en una República de Funcionarios en que todos quieren vivir a costa del Estado.»

«En España todo necesita renovarse ¡Todo! Hay que encender en el pueblo español el fuego de las inquietudes. No las malas pasiones, no la voluntad guiando a la inteligencia por malos caminos. Despertar en él la conciencia de sus deberes y de sus derechos.»

Al ser derrumbada la Monarquía, sorpresivamente, por el pueblo español, los republicanos, ante la indecisión de éste por avanzar hacia la justicia social, tomaron el poder. Y no cesaban de hacer promesas de mayor libertad y bienestar para los «trabajadores de todas las clases», que no cumplían o las ofrecían a largo plazo, pidiendo al pueblo español que no provocara desórdenes con sus demandas de mejoramiento social y económico, que les dejaran consolidar el orden y fortalecer el poder de la República para luego, poco a poco, «ordenadamente», establecer la «justicia».

He aquí cómo Miguel de Unamuno pensaba al respecto: «Goethe ha escrito: «La justicia debe ser sacrificada al orden.» Yo creo que no debemos sentir tanta preocupación por el orden; debemos estar mucho más interesados por la injusticia y por la vida, y ésta no es orden. El orden puede ser un medio para despremiar la justicia. Aun el mismo desorden y la lucha son mejores que la justicia. Vale más la justicia sin orden que el orden sin justicia. Puesto que el orden sin justicia es la tiranía.»

El quijotismo hispano, caracterizado por el Movimiento Libertario, formado por la Confederación Nacional del Trabajo de España, la F. A. I. y las Juventudes Libertarias, que no trata con Franco ni con sus servidores, hoy, como siempre, con o sin República, sigue estando interesado, coincidiendo con el precitado pensar de Miguel de Unamuno, por la justicia y por la vida del pueblo español, y no por el orden anterior al 18 de julio de 1936 y menos por el orden que siguió y sigue imperando

en España, llamado franquista, que desprecia mucho más que el primero la justicia!

Estamos intentando demostrar que Miguel de Unamuno era un inadaptado e inadaptable al deshumanizar el ambiente estatal, político-religioso, un individualista inestable, irresoluto por haber recibido influencias culturales desde la más tierna infancia extrañas a su naturaleza rebelde, pero cuando observaba que sus pensamientos «tradicionales» nada resolvían en la vida cotidiana de la sociedad, y le alejaban del infinito campo de la filosofía de la verdad, escapaba de aquéllos o los echaba a un lado exponiendo entonces con violento sobresalto, con coraje sin límites, lo intuido como verdadero: las ideas avanzadas, válidas para el presente y el futuro de España y de toda la humanidad que las había estado comprimiendo en su ser psíquico, mental y sensorial.

Miguel de Unamuno se rebelaba contra cuanto lo encadenaba al pasado y encadenaba asimismo a su amada España del Quijote, cuando lo que veían y leían sus ojos herían su sensibilidad; y en ese momento decía la profunda verdad que sentía, más que pensaba, henchido de fervor humanista, quijotesco, como el más elevado bien de su vida interior digno de ser defendido a toda costa, pasando por encima de todas sus contradicciones, con la pasión volcánica extraña a la serena reflexión filosófica, pero peculiar del hombre sensible, fuerte, de carne y hueso. Ni sus numerosos errores lo contenían, ni se detenía a justificarlos o a excusarlos: lanzaba a los cuatro vientos su protesta airada contra la injusticia, sin temor a las consecuencias, rompiendo lanzas, al mismo tiempo, en pro del ideal humanitario que la anti-España atacaba eliminando a miles de hombres y mujeres que tenían el valor humano de exponerlo y defenderlo.

Los republicanos y los socialistas de todas las clases — incluyendo a los mal llamados comunistas — defendían y siguen defendiendo, estancándose, como si los años no hubieran pasado, a la República de 1931. Hasta el 18 de julio de 1936 fueron sesenta y tres meses que en sus manos tuvieron el poder estatal que el pueblo español les permitió ostentar. No tuvieron en cuenta esta verdad: que este fue el que provocó el derrumbe de la Monarquía, al que se lo debían todo. Sin embargo, menospreciándolo, haciendo oídos sordos a sus anhelos de mejoramiento social y económico, sólo se preocuparon de establecer su dominio sobre el pueblo español, su orden político a rajatabla, colocando en primer lugar obtener el triunfo de sus personas políticas por encima de los intereses colectivos, de los trabajadores de todas las clases, de las abejas productoras de la sociedad española.

Los políticos de la República no tenían prisa alguna en resolver los problemas primordiales del pueblo español; dejaban lo primero para mañana, un mañana que nunca llegaba, de más efectivo bienestar, como ocurre, más acentuada y brutalmente con el actual régimen franquista: promesas y más promesas a los trabajadores manuales e intelectuales que no resuelven ni sus apremiantes necesidades y menos el respeto a los más elementales

derechos humanos. Lo único cierto es que aquéllos fueron malos y éstos, los fasciofalangefranquistas, son mucho peores.

Entre los republicanos que ejercieron el poder durante los años que duró la República había unos pocos brillantes intelectuales; pero sus ambiciones estatales y vanidad los cegaban, y no los dejaban ver más allá de sus narices en la geografía social y humana de España. Para su mal y el nuestro, para mal, en fin, de todos los españoles no vieron el límpido horizonte psicológico y humano que tenían ante sus ojos como lo ve ningún político, por excelente literato o exponente elevado de la tecnología o de la ciencia pura que sea, y si lo distingue, más o menos claramente, prefiere cerrar los ojos para no verlo ni tenerlo en cuenta, si quiere triunfar en el campo sucio de la política, que es anti-social, y anula, por lo tanto, en el sujeto todas sus potencialidades y cualidades superiores: que el «orden sin justicia» — como dice Unamuno — sin previa verdadera justicia social, decimos los libertarios, más claramente, es tiranía, y ésta, como hemos visto con el ejemplo — entre miles de ejemplos — de la República española, por ley de biología política sólo puede engendrar o dar paso a otros sistemas tiránicos de gobierno.

En España, la llamada «República de Trabajadores de todas las clases» — ¡como si los políticos lo fueran! — «era más bien — manifiesta Unamuno — una República de Funcionarios en que todos quieren vivir a costa del Estado. Los más quieren que la República los coloque. Es una nueva generación en busca de empleo.»

Cuantos sujetos actúan en sentido político opuesto, cien por cien, totalmente, al progreso social, que «buscan empleo» en el seno del Estado, llámese o no republicano, ¿es por esta sensata posición revolucionaria de Miguel de Unamuno que tanto lo odian, aunque lo silencien para usar también su nombre, como los franquistas, en beneficio de la política, de sus personales ambiciones de poder y de dinero? Así parece, porque por lo que respecta a los militantes de la Confederación Nacional del Trabajo de España, de la F. A. I. y de las J. J. L. L., a los humanistas libertarios consecuentes de ayer, de hoy y de mañana, que rechazamos al Estado y todos sus empleos, coincidimos con Miguel de Unamuno, o, mejor dicho, por ser lo cierto: éste coincide con nosotros, al fin, que la revolución, al intuirlo e iniciarla el pueblo con conciencia social, no ha de detenerse para no estancarse y corromperse en el pudridero político-estatal-religioso, que ha de continuar «revolucionándose a sí misma, porque la revolución es siempre un inacabable quehacer.»

Sin embargo, «voceros de la revolución», sin pizca de fundamental personalidad revolucionaria, mintiendo ser revolucionarios, deshumanizados por los políticos de profesión que se quedaron sin Estado y sin pueblo al que dominar y explotar, decíannos en España, en 1936-39 — ahora dicen cosas peores profranquistas —, a los que defendimos, pese a todas sus amenazas, el criterio unamuniano, superándolo, del principio hasta el fin de la lucha contra las fuerzas fasciofranquistas:

«¡Desarmemos a los revolucionarios de la retaguardia! ¡Dejemos que se armen sólo las fuerzas policíacas y militares que los políticos van organizando, con nuestra complicidad, para acabar con aquellos revolucionarios «extremistas» que no dejan que nuestros «amigos» políticos vuelvan a rehacer el Estado que nos dará empleos! A no hablar, pues, de comunismo libertario, y menos realizarlo como ya ha empezado a vivirlo el pueblo por la voluntad mayoritaria del mismo. Preocupémonos solamente de ganar la guerra para beneficios de la política antifranquista que ya permitió se desarrollara y se alzara el fascismo. Déjese para después hacer la revolución. Deténgase ésta en todos los municipios, provincias y regiones que la han iniciado». Etc., etc.

Con lenguaje menos claro tal era la conducta contrarrevolucionaria, cobarde y criminal, de lesa humanidad, que los «voceros de la revolución» exigían observara el pueblo, que los creía a todos bienintencionados. Así dichos «voceros», que estaban explotando el prestigio moral que ganaron entre los trabajadores antes del año 1936, colaboraron a frenar la revolución y a imposibilitar que ésta pudiera realizarse después de hacer la guerra por la guerra — de haber sido derrotado el franquismo — que sólo guerreros produce, al terminar con los revolucionarios o con la mayoría de los mismos al menos.

Con razón — de los sin razón — en publicaciones como la llamada «Comunidad Ibérica», sostenida

por reformistas — son deformistas —, publican colaboraciones como la de Ramón J. Sender, que intentan disminuir y desprestigiar a Miguel de Unamuno — de modo en extremo soez — que tiene un concepto bastante más cabal que aquéllos de lo que ha de ser y hacer una revolución.

(Si como dice Unamuno: «Por sus obras se conocen los hombres», a pesar de no conocer, personalmente a R. J. Sender, leyendo entre líneas lo que éste escribe, no me merecía confianza social y moral, y sólo esperaba que pudiera, con el tiempo, superar sus carencias y adoptar una conducta humana y franca y definitivamente mejor. Esto explica el por qué el conferenciante, el que firma, ni en Barcelona, en 1936-39, ejerciendo de director de «Ideas», semanario libertario de ocho páginas; ni siendo, durante unos años, el primer secretario general del «Grupo Tierra y Libertad», en México, que se propuso dar vida a la publicación con el mismo título del Grupo, que vio la luz y sigue apareciendo pese a los pesimistas que no creían que pudiera siquiera aparecer o pasar de dos o tres números; ni como encargado, desde el número once, durante casi tres años, de hacer dicho periódico cuando aparecía quincenalmente, jamás pedí colaboración a Ramón J. Sender a pesar de que algunos compañeros me aconsejaban se la pidiera. Ningún prestigio de la pluma de un sujeto que no logra prestigiarse primero ante la propia conciencia).

(Continuará)

Corrientes de libertad social

DEA y organización no son de la misma esfera. Todo nuestro respeto es debido a la organización de defensa contra un enemigo que afrenta y combate al trabajador a todas las horas. Pero todo respeto es también debido a la idea, que no puede ser mezclada en las vicisitudes de esas luchas dictadas por las situaciones presentes. Hay incompatibilidades ahí y hasta en el círculo un profesor de equitación no puede hacer pruebas sobre dos caballos que van en direcciones opuestas. De ahí el descontento constante: el práctico se siente molesto ante la perspectiva de que la idea le retenga, y el hombre de ideas se ve apartado de una práctica que no le agrada. Hay un remedio a eso, pero que exige un pequeño esfuerzo intelectual.

Sin aconsejar la laxitud puedo comprobar que no es bueno estar fascinado por una sola idea y dividir a los hombres como amigos o enemigos según que compartan esa idea o no. Nosotros nos levantamos contra leyes y jueces, pero no damos juicios continuamente que impliquen a menudo graves consecuencias morales. Sobre el terreno discutido aquí habrá siempre diferencias de apreciación. No lo tengamos presente. Sepamos tener dos cosas a la vez en la cabeza: lo que exige la situación y lo que puede ser útil a la idea. En caso de conflicto elijamos, pero no pidamos que todos sean de nuestra opinión. — **Max NETTLAU.**

Significación de una inolvidable fecha histórica

por CAMPIO CARPIO

La tragedia de Chicago, a fines del siglo pasado, vino a confirmar cuanto acerca de los despotismos gubernamental y capitalista los internacionalistas habían consignado. Una huelga por la conquista de la jornada de las ocho horas de trabajo, levantó aquella mencionada ciudad norteamericana. Considerándose lastimado en sus fueros y teniendo que hacer frente al reto de la clase trabajadora, que reclamaba condiciones laborales más humanas que las agotadoras imperantes hasta entonces, una bomba colocada — no se ha determinado por quién — constituyó el motivo para que todo el peso del Estado se descargara sobre aquel conjunto homogéneo proletario lanzado a la calle.

El puritanismo yanqui, en los albores de su monarquía industrial puso en juego la fuerza policiaca, la determinación ciega de sus gobernantes y la justicia de sus tribunales al servicio de los manufactureros, los consorcios y holdings que entraban en acción. Sin atender otra razón que su derecho, el de los potentados y explotadores, la horca quitó varias vidas de hombres, profetas, luchadores, visionarios, cuya palabra y lección tienen vigencia aun hoy, a lo largo de tantos años. Ha sido acontecimiento que consternó al mundo social de uno a otro extremos, un lastimoio antecedente que sentaría doctrina jurídica para otros de los procesos posteriores en aquel ámbito americano.

Otro de los procesos de resonancia internacional, que consternaron al mundo, ha sido posteriormente el que provocó y permitió la muerte de Ricardo Flores Magón en una cárcel norteamericana y casi seguidamente el que condujo a la silla eléctrica a Sacco y Vanzetti. La ciega justicia del capitalismo yanqui, con su barbarismo romano siempre se ha enceguedido con sangre proletaria. Representando el poder del más fuerte no ha perdido su condición de esclavócrata, expoliadora del débil a favor de la hegemonía capitalista, detentaba todavía en nuestros tiempos como

símbolo del imperialismo financiero y económico en todo el mundo.

Los mártires de Chicago pronuncian a través de la historia, su palabra de redención. En las conquistas de la clase trabajadora obtenidas a partir de entonces, están vivas las palabras de Parsons, Ling, Engel y cuantos otros anunciaron para la humanidad lo que estaba sacudiendo al mundo social. Porque el proletariado que, en circunstancias tan especiales y de todas partes del mundo muy poco antes se había convocado en Londres para constituir la organización de solidaridad social y de mayor fondo moral y humano que se conoce, se hizo presente desde entonces en todos los planos de la lucha y focos de rebelión. Allí donde hay un llanto, un dolor, una inquietud y una esperanza está presente la Asociación Internacional de los Trabajadores, como una antorcha que ilumina los cielos de la revolución.

La tragedia de Chicago, que a la distancia del tiempo nos alcanza a todos, porque nos sirve de sello y premisa de la prepotencia estatal del capitalismo, nos llama a la lucha, a la trinchera para la defensa de nuestra vida y de cuantos están propensos a ser víctimas de la explotación del hombre por el hombre. Es una llamada permanente que resuena en

los oídos de las clases explotadas para recordarnos que no puede haber paz, ni orden ni cooperación entre quienes nos sojuzgan, y nosotros, ya sea en nombre del Estado y sus leyes, de la religión ni de sus dignatarios. En tanto la organización social, política y económica esté basada en el dolor de unos para satisfacción personal de otros, no puede haber nada de común entre el conglomerado humano de los productores y las castas que usufructúan los beneficios del progreso. Ni con los traidores del trabajador, liberales, democráticos o denominense dictadores al servicio del proletariado, tenemos nada de común. Nuestra lucha tiene que ser uniforme, y lo es ya en cierto modo, hasta tanto no se logre abatir el poder sangriento de sus aspiraciones retrógradas.

Chicago es un ignominioso símbolo colectivo para todo hombre libre, consciente de su misión como productor. La jornada de ocho horas de trabajo ya ha sido superada por la de seis. Aun conservando jurídicamente el derecho de propiedad privada los conglomerados capitalistas creados con el esfuerzo proletario, algunas mejoras de segundo orden que hoy son indiscutibles en la sociedad contemporánea, arrancan de aquel hecho sin paralelo hasta entonces y que después fueron bandera proletaria para esta

lucha desigual que nos asiste y separa una clase de la otra: un sentimiento de solidaridad del despotismo y una conciencia inquebrantable de conducir nuestras ideas al porvenir.

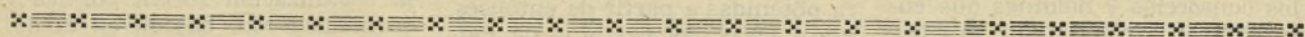
Aquel asombroso y pavoroso acontecimiento que conmovió a Chicago, como un incendio, proyectó sus resplandores a todo el mundo. Era la iniciación de un giro profundo en el seno de una sociedad mercantilista que no lograba estabilizarse por los vicios de su propio origen y destino. Presionando sobre los productores, como más fácil solución a sus problemas de acaparamiento y acumulación debeneficios, cometía estragos por la violencia irresponsable hasta donde no alcanzaba la verdadera justicia. Por ello es que los trabajadores tuvieron que crear organismos de defensa si querían salir airoso y no víctimas de la opresión. Desde entonces, la división de intereses materiales y morales entre los dos poderes — explotadores y productores — abrían cada vez

un abismo más profundo. Desde aquel fenómeno histórico que el proletariado no podrá olvidar jamás, mientras subsista este régimen social de competencia y desorden, es que se trata mano a mano, frente a frente, en consideración de demandas acordes con los tiempos que corren.

La acción directa, cuando no primaba la razón, era el único lenguaje que la soberbia capitalista y estatal entendían. Con sus nefastas consecuencias, porque lo que se destruía no pertenecía al propietario, sino a la colectividad, que lo había creado con su esfuerzo, la violencia proletaria a la violencia organizada por el Estado y sus magnates, vinieron a demostrar que aquella institución ya no servía como reguladora de los intereses de una colectividad. Como consecuencia, los sistemas de trabajo fueron experimentando nuevas y paulatinas modificaciones. Los trabajadores, los únicos con derecho al beneficio íntegro de su labor fueron convirtiendo el taller, la fá-

brica y el campo en centros activos de conciencia revolucionaria.

Al ruido de las maquinarias, el fuego vivo de los hornos y calderas, y bajo el humo de las chimeneas, a medida que el trabajo se tornaba más acelerado, también la conciencia despertaba otros estados de comprensión. La máquina, que en un tiempo determinado amenazó con sustituir la mano alquilada del hombre pasó a un plano sin competencia. Y si bien la producción de la abundancia en unos sectores permite el disfrute de algunas mejoras en condiciones de humanidad, no es lo bastante como para la liberación plena del hombre. Aun cuando ya el lugar de trabajo no es un calabozo, el productor jamás podrá olvidar que los beneficios obtenidos del esfuerzo colectivo tienen que alcanzar al mayor número de seres humanos, y a despecho de leyes y códigos al servicio de la sociedad burguesa y capitalista.



Ideario anarquista

El comunismo anarquista en España difiere del colectivismo en la negación, para ahora y para el porvenir, de toda organización. Extremando las conclusiones del comunismo de otros países, sin duda por el antagonismo colectivista, llega a la afirmación del individualismo en absoluto. Especialmente en algunas ciudades de Andalucía y en ciertas de Cataluña, son los comunistas por completo opuestos a toda acción concertada. Para ellos, en el porvenir no habrá más que producir como se quiera y tomar del montón lo que se necesite, y piensan que en el presente todo acuerdo, toda alianza es nociva.

Realmente, esta especie de comunismo es resultado de una gran falta de estudio de la cuestión, mezclada con buena dosis de dogmatismo doctrinal. Claro es que hay en España comunistas bien conscientes que no echan en olvido las dificultades y la importancia del problema de la distribución; pero con éstos, como con los colectivistas desapasionados, no hay lugar a polémica, porque concuerdan en muchos puntos de vista. Mas aparte esto, puede decirse que el comunismo en España es demasiado elemental, demasiado simple, para que pueda ser presentado como una concepción completa de la sociedad futura, porque tan pronto toca los límites del anarquismo nietzscheano como se funde en el autoritarismo más pernicioso. De hecho, el comunismo y el colectivismo adolecen de los defectos que se derivan de toda polémica continuada: la exageración y el fanatismo doctrinal.

Quizá por la exageración metódica del colectivismo se produce en el comunismo la exageración atomística que reduce la vida social a la independencia absoluta del individuo y recíprocamente.

Tal vez sin el antagonismo de las dos escuelas cualquier diferencia quedaría reducida a una cuestión de palabras; pero actualmente ambas tendencias son irreductibles.

De un lado la necesidad de organizar, de concretar la vida social entera; de otro lado la afirmación de que produciendo y consumiendo al azar, como cada uno lo entienda, se obtendrá la armonía social apetecida.

Ricardo MELLA

NOTAS

DE LA AMISTAD

*«Insegno al uomo l'amore
Non del prossimo, ma del piu lontano,
Del vertice ch'ei s'elegge.»
«Per la morte d'un distruttore.»*

Gabriele D'ANNUNZIO.

Lo alto de lo que de nosotros se exige, da la medida de la estima en que se nos tiene. En vez de lamentarnos, pues, si algunas veces se nos exige demasiado, regocijémosnos y hagámonos dignos de tales exigencias, porque ellas son la pauta del valor que se nos supone.

Pero no olvidemos que sólo aquello que de nosotros exigimos da de nuestra valía la medida real. Y si, según se eleva o desciende la curva de las exigencias ajenas, aumenta o disminuye el valor que se nos supone, sólo la mayor o menor altura de nuestras propias exigencias decide nuestro auténtico valor.

Sería menospreciarnos exigir de los demás tanto como ellos exigen de nosotros — tanto como nosotros les podemos dar —.

Pongamos nuestros pundonor en amar más y mejor que somos amados — en dar más que nos dan —. Pero no aceptemos que nos amen menos de lo que puedan amarnos — que nos den menos de lo que nos puedan dar —. Mejor que no nos amen en absoluto — que nada nos den —.

Podemos amar a quien no nos ama; a quien nos ama menos que merecemos, pues en amor — y en amistad — nada significa merecer. Pero no a quien nos ama menos de lo que tiene posibilidad de amar.

Sea nuestro lema: No todos iguales, sino de cada uno según sus posibilidades.

Que nuestras posibilidades sean superiores y, por tanto, superior nuestra dádiva. Esforcémonos no en dar mucho, ni a muchos, sino en dar plenamente.

Que nuestra dádiva esté en proporción con nuestra valía, y que esta proporción se base en la calidad, y no en la cantidad.

Que nuestra medida sea no lo que a cada uno damos, ni siquiera lo que aceptamos de cada uno, sino lo que exigimos de él. Tal sea nuestra medida de amistad.

Que nuestro amigo sea exigente exija de nosotros igual exigencia.

Sea nuestra indiferencia la medida de nuestro desprecio. Y nuestra exigencia la prueba de nuestra estima.

He aquí lo que hay que exigir del amigo verdadero: No seas indulgente para conmigo.

Séanos ofensa en el amigo no el no haber hecho lo bastante por nosotros, ni el habernos dado cuanto esperábamos de él, sino el haber aceptado de nosotros menos de los que podíamos darle.

Es una prueba de estima el aceptar; lo es más aún, el exigir que nos sea dado. Pero quien sólo nos da una parte de lo que puede darnos no merece que le pidamos el resto; ni que le aceptemos lo que nos da.

Contentarnos con lo que nos dan es estar, con poco, satisfechos. Pero acaso nuestro contentamiento sea egoísmo. Pues sólo quien todo lo da puede esperar que todo le sea dado. Y sólo de aquellos a quienes nos entregamos por entero podemos esperar — no exigir — la entrega total. Pedir más, a quien damos más, sería aceptar una limosna. Y la verdadera amistad gusta tan poco de mendigos como de limosneros.

Para poder aceptar es preciso, antes, haber dado mucho. Sólo de ciertos seres se puede aceptar sin que la reciprocidad sea necesaria, y sin que ello implique humillación. Pero, si la excepción se realiza, sepamos hacer de nuestra aceptación una dádiva.

Es una forma de desprecio el dar sin aceptar. Evitemos que nos de quien nada nos acepta.

Repito: Es una forma de desprecio el dar sin aceptar. Evitemos de dar a aquel de quien nada podemos aceptar. Ello no significa que no se deba dar a quien nada puede darnos; es ya una dádiva el hecho mismo de su aceptación.

Es una forma de desprecio el aceptar sin dar. Pues ello implica la idea de una superioridad, la presunción de un derecho admitido. Tal es el caso de los dioses, de los artistas y de las mujeres hermosas.

El mayor honor que podemos hacer a nuestros amigos radica no en la aceptación, sino en la exigencia de la dádiva. Y es también nuestra mayor prueba de amistad.

Más veces damos por piedad o por indiferencia que por amor; de igual modo, indiferencia o piedad puede ser la base de nuestra aceptación. Pues hay

a menudo más compasión a más desdén en la aceptación que en la dádiva.

Que la dádiva nos sea fácil y tanto más grata cuanto más nos fue árduo llegar a ella. Pero que sólo tenga cierto valor, ante nosotros mismos, si, para dar, no sólo hemos necesitado poseer o conseguir, sino también luchar contra nuestro propio deseo de guardar o de poner precio a lo conseguido.

Hartas veces, más aún que el goce del que recibe, nos es agradable el hecho mismo de dar. Procuremos que sea lo contrario; que la alegría del favorecido purifique la dádiva. Pero que su gratitud no influya en ella y menos aún sea causa de ella.

Nos hacemos inferiores a nuestro propio valor si damos menos de lo que nuestras posibilidades nos permiten.

No es aquel que te ha dado más quien más te ha dado; sino aquel que te ha dado más de lo que podía darte. Hay que excluir de esa regla a ciertos seres que, aun cuando nos dan menos, nos dan más que nos da quien más nos da.

Nada da quien para dar de nada se priva. Pero hay seres que tienen el privilegio de dar sin privarse de nada. Diré más: aumentando su caudal.

Es indicio de piedad el evitar favorecer a los mediocres, para quienes la gratitud es una carga insostenible. Y de prudencia; pues al hacerlos nuestros obligados los transformamos en enemigos, y su enemistad es mala: despierta en nosotros aquello que todavía puede soportar la mediocridad.

Noson nuestros enemigos los que más nos perjudican, sino aquellos que, siendo amigos — y sobre todo siendo amigos —, contribuyen a que salga a flote, tome forma y se desarrolle lo peor que hay en nosotros. Y lo peor que hay en nosotros no es lo malo, sino lo mediocre.

Sé digno, en tu amistad, no de la amistad del amigo. Pero sería menospreciar al amigo aceptar de él una amistad inferior a nuestra amistad.

Que nuestro amigo sea nuestro semejante. Pues sólo entre iguales puede existir la verdadera amistad.

La crítica de nuestros enemigos nos es, a menudo, más útil que la de nuestros amigos, porque es más severa y, por ello, más clarividente. Amigo, se mi enemigo para juzgarme, pues sólo así serás mi amigo realmente.

El elogio del amigo nace más frecuentemente del afecto de su corazón que del análisis de su cerebro. De ahí que sea muchas veces equivocado y, por tanto, perjudicial.

La severidad de juicio del amigo enaltece su amistad, y la hace más completa, al llevarla del corazón a la mente.

El elogio del amigo llena nuestro corazón de una dulzura emponzoñada. Que nuestro amigo no olvide que la dulce ponzoña puede debilitarnos, y que imponga a su amistad un juicio sin indulgencia. «Amicus Plato, magis amica veritas.» — A. M.

COMUNISMO Y ANARQUIA

SE afirma que «comunismo y anarquía gritan de verse juntos, que aquél es la negación de ésta». Comunismo implica, se nos dice, la obligación para todos de someterse a una misma regla, en tanto que anarquía significaría el individualismo más desenfrenado.

No hay en todo eso más que un error de apreciación. La palabra «anarquía» es sólo una negación política; no indica en modo alguno nuestras tendencias económicas, y como la libertad que reclaman los anarquistas no puede resultar sino de la situación económica que los individuos hayan sabido crearse, es siempre necesario, a nuestro juicio, indicar claramente el fin hacia el cual se tiende.

Ciertamente, a la hora actual, no hay apenas confusión sobre el epíteto anarquista. Si se le desembaraza de todas las imbecilidades de que el miedo y la cobardía de los rapaces amenazados lo han adornado, se verá que significa no solamente odio de la autoridad, sino también destrucción de la explotación capitalista.

Pero nuestro objetivo, nuestras ideas, nuestras tendencias, nuestra organización física, nuestras necesidades nos impulsan hacia la asociación con nuestros semejantes, asociación en que todos los hombres unidos entre sí podrán libremente evolucionar, según sus diferentes maneras de ver y de sentir. ¿Pos qué tendríamos miedo de una palabra,

si esta palabra puede, de un modo preciso, caracterizar nuestra concepción? Si otros antes que nosotros la han hecho servir de etiqueta para sistemas que nosotros rechazamos, ¿qué importa? No tengamos miedo de las palabras; desconfiemos más bien de lo que se podría intentar ocultar debajo de ellas.

Nosotros tomamos las palabras por lo que valen, sin detenernos en el sentido que otros quieren darles. Convencidos de que los hombres no pueden ser felices sino viviendo fraternalmente juntos, nos servimos de la palabra comunismo, que se adapta a la cosa. Adversarios de la autoridad, penetrados de la verdad de que el hombre puede y debe vivir sin amos, de que la anarquía tiene esta significación y debe conducir a la humanidad a un estado armónico, en que los individuos vivirán sin contienda, sin lucha, en la más perfecta inteligencia, inscribimos esta palabra al lado de la otra para caracterizar bien las concepciones económica y política de nuestro ideal social, y no podríamos encontrar otras mejores.

Si en los sistemas sociales inventados por los fabricantes de sociedades la palabra comunismo servía para designar un estado social en que todo el mundo debía someterse a una regla común, en que la igualdad no era entendida sino por la comprensión de los individuos bajo un mismo nivel, eso no

Sentimiento de la comprensión

por M. CIMA

Las relaciones de los hombres y los pueblos, para ser normales y justas necesitan de la virtud y de la generosidad. O bien la de Bossuet, para quien la indiferencia de los hombres entre sí calificaba de «crimen de Cain», o finalmente, la afirmación de Juvenal que advertía que el colmo de la impiedad residía en preferir la existencia actual al respecto de sí y de su dignidad, lo cual llevaba a que para guardar la vida habría que perder las supremas razones de vivir.

Hay que extirpar el error y hacer vivir el hombre, y no eliminar a éste para que sobreviva la mentira. Es necesario hacer entrar en las conciencias el respeto a lo humano, el gusto de lo fraternal, la idea de un deber superior. No todo está en el concepto de un equilibrio de intereses, sino en que se reconozca un principio noble que sirva de aglutinante colectivo y de fijación de destino. El hombre sufre la pasión constante de la tentación, de la potencia, de la necesidad ficticia creciente, aumentado todo por el proceso de la técnica y de la ciencia; pero no se debe separar, como acontece ahora, lo político de lo moral, porque existen preceptos fundamentales en el orden de lo humano que ningún método violento debe alejar de la ética.

Aunque la maldad fuera la condición natural de la humanidad, habría de renovarse constantemente el precepto de los antiguos que consideraban «al hombre como una dulce cosa para el hombre». El ser humano ha dado una vuelta completa desde su animalidad en el tiempo, consideración que está a punto de perder. Antes no era más que una pieza

en el engranaje de las fuerzas misteriosas de la naturaleza, limitado a la comprensión y al conocimiento ante el inmutable y oculto destino. Luego, por el estudio de la naturaleza, tomó cuerpo su pensamiento y adquirió independencia. Ahora, se quiere volver a su encuadramiento rígido en el armatoste de lo mítico. ¿Podrá acaso, un nuevo Renacimiento moral hacerle avanzar en el camino de su afirmación contra la consideración actual que somete al hombre a la organización sin esperanza?

Se piensa, se produce y se vive por algo, por algo más, que para aumentar riqueza y para aumentar ciencia, pues sólo por esto llegaríamos indefectiblemente a la eterna contradicción política de la pasión elevada a la categoría de dogma y al recommen-zo del choque. A medida que el cuerpo humano se hace más potente por todos los recursos que la ciencia, indefinidamente perfeccionada, pone a la disposición de los deseos sin freno, es más urgente, es más claramente demostrado, que el alma tiene necesidad de energías más generosas, según la expresión de Bergson. Y que parece atiradísimo todo el equilibrio que se observa entre lo económico y lo moral.

Sin fuerza de alma, sin temperancia, sin magnanimidad no puede haber dignidad ni felicidad humanas, por más que se empeñe el progreso de los tiempos y las doctrinas redentoras. Y aquí viene adecuado el planteamiento del filósofo, y, no del político, a que aludimos: O sometimiento gregario y sin trascendencia o esfuerzo normal de la razón hacia la libertad del espíritu. Como Montaigne hay que recitar el hombre, contarle, a través de las disputas humanas.

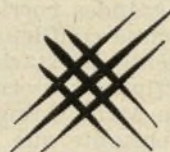
La vida es un eterno recomenzar. Trabajo de Sísifo de alternativas variadas. Aventura y reconstrucción, según la frase favorita del historiador. Mundos imaginarios para situar las aspiraciones humanas. Ausencia del sentido real y del conocimiento del hombre. Cúmulo de teorías y de proposiciones morales que la ciencia, la filosofía, la política han creado.

COMUNISMO Y ANARQUIA

prueba sino una cosa, que se había desviado esta palabra de su significación original y nada más.

En nuestra concepción del orden social, la palabra anarquía, lejos de «gritar» de encontrarse al lado de la palabra comunismo, viene, al contrario, a corregir el sentido autoritario que se podría ser tentado a atribuirle, según los empleos anteriores que se ha hecho de ella.

Si la palabra comunismo quiere decir que los individuos deben vivir en sociedad en la más perfecta igualdad, la palabra anarquía, por su parte, viene a añadir que esta igualdad se completa por la libertad más absoluta del individuo, que esta igualdad no es una palabra vana, puesto que no es impuesta, puesto que no reconoce ninguna autoridad.



¿Qué se entiende por federalismo?

por LUIS DI FILIPPO

ANTES de seguir adelante, conviene que nos pongamos de acuerdo sobre el sentido de las palabras (2). Urge, pues, aclarar qué se entiende por federalismo. Quizás no fuera perder del todo el tiempo acudir a la fuente del Diccionario de la Lengua, no obstante reconocer que la política ha creado su propio lenguaje mudable, sujeto a las contingencias históricas, las cuales hacen que en determinados momentos aparezcan ciertas palabras cargadas con intenciones, matices sutiles o significaciones especiales que les dan un sentido circunstancial, muy del momento o del lugar, que puede inclusive alejarlas de su primigenia significación literal. De este modo les nace una significación lata. Surge, entonces, la necesidad de poner límites a la extensión del término para evitar posibles confusiones.

Por de pronto, el Diccionario de la Lengua Española nos dice textualmente: «Federalismo. Espíritu o sistema de confederación entre corporaciones o Estados». Hay, en efecto, dos clases de federalismo (de «corporaciones o Estados») cuyos componentes son de distinta naturaleza. A los fines de nuestras disquisiciones, podemos reducirlos sintéticamente diciendo que el uno se asienta en lo social y el otro en lo estadual. De estos dos conceptos, que implican también formas, nacen las posiciones políticas contradictorias y los sistemas de organización correspondientes. Esta dualidad explica la polémica actual, vieja disputa que ahora renace, sobre la naturaleza y el porvenir del federalismo europeo y por extensión de todo federalismo político posible. El problema se plantea, entonces, escuetamente como un dilema: o federalismo de Estado o federalismo social.

El federalismo de Estado tiende a la centralización. El otro, a lo contrario. El de Estado se inspira en el principio de autoridad y en la expansión creciente del poder que es su dinámica. El otro, en cambio, rinde culto a la libertad llevando este impulso a sus máximos extremos compatibles con el orden y la organización.

En definitiva, aparecen dentro del movimiento federalista las dos grandes corrientes de la historia humana en perenne conflicto: la corriente autoritaria y la corriente libertaria. Es el conflicto que escinde a la Primera Internacional Socialista cuando se enfrentan Marx y Engels con Proudhon y Bakunin (3). No obstante que los marxistas, sin

excluir a Lenin, teorizan también sobre la desaparición del Estado previa conquista del poder a título transitorio. Pero, como dice Plejanov, el «Estado morirá, pero no de la muerte que le desean y profetizan los anarquistas y sindicalistas»... (4). Se diría que todo el conflicto reside en lo que podríamos denominar el arte de este asesinato...

Al cabo de un siglo, la corriente marxista centralizadora, triunfante en Rusia, ha creado una expresión típica de lo que puede ser un federalismo de Estado. Lo que está por verse es cuando terminará su prolongado transitoriedad. Pues hay evidentemente, muchas maneras de medir el tiempo. Una de estas maneras es la de los geólogos, para los cuales la unidad de medida a los fines de la historia de la tierra, no es la misma que usan los cronistas de la civilización humana. Para el cronista un siglo puede ser una época. Para el geólogo es casi nada. Hay fenómenos geológicos, también transitorios, que duraron milenios...

Volviendo al motivo inicial de estas consideraciones, ya señalados los caracteres fundamentales del federalismo, diremos que en nuestras publicaciones antedichas, nos hemos referido al federalismo considerándolo como posibilidad de armonía entre Estados soberanos constituidos. Concepción federalista sobre la cual teorizara también Gabriel Alover, quien hace años nos decía: «El principio de las nacionalidades se armoniza con la tendencia a la integración y a la unión, por medio de la corriente federativa verdadero aplicación internacional del principio de la unidad en la variedad» (5).

Analizábamos entonces el problema concreto que plantearon en el viejo continente los inspiradores de la unidad europea occidental. Se postula allá la necesidad de lograr, por el camino del federalismo, la armonía de los Estados que asumen una actitud defensiva temerosos de la absorción moscovita. No faltan, tampoco, quienes en este orden de intenciones, conciben la formación de una especie de super-Estado que denominan «democrático» para distinguirlo de la concepción también en marcha de un super-Estado dictatorial, con la diferencia de que el primero es tan sólo una idea y el segundo ya va siendo una realidad en trance de madurez (6). Para llegar a estas conclusiones arquitectónicas de vastas proyecciones políticas, sus teóricos coinciden en la necesidad de sacrificar las soberanías nacionales, o lo poco que va quedando de las mismas en tratándose de Estados débiles, en aras de

los grandes proyectos. Y éstos tampoco son absolutamente inéditos. ¿Qué pretendían los grandes imperios antiguos que la historia conociera antes de que naciese la moderna concepción ideal del Estado? Hace apenas un siglo, Gumplowicz razonaba sobre este tema: «En cuanto al problema de saber si la evolución que progresa en este sentido conducirá un día a un Estado universal, es más fácil preverlo que probarlo de manera científica. La idea de semejante Estado universal ha sido expuesta a menudo, y Hugo Preusz lo ha hecho en su libro *«Gemeinde Staat un Reich»*. La cuestión es la siguiente: la evolución social, que hasta ahora sólo ha conseguido la fundación de grandes Estados, ¿terminará algún día dominando todos los obstáculos de espacio y de diferencia de raza con el establecimiento de un verdadero Estado universal o mundial?» (7). La pregunta que formulara Gumplowicz podemos contestarla con palabras de Santayana, quien en breve y jugoso ensayo sobre Dante, al discutir sobre la filosofía política del gran poeta, nos dice: «Lo que en su época parecía un sueño — que la humanidad se agrupara en un gran Estado es actualmente evidente para el idealista, para el socialista, para el comerciante. La ciencia y el comercio proporcionan — desde luego, en forma muy diferente — una realización práctica de tal idea. Y la otra mitad de su teoría, la que se refiere a la Iglesia católica, ha sido conservada literalmente hasta nuestros días por la misma Iglesia. El forastero o el extraño a ella podrán, pues, ver en tal idea de una sociedad espiritual universal un símbolo o un presentimiento de los derechos que tiene el espíritu a libertarse de las coacciones legales, o de la común lealtad de los *«spiritus honrados hacia la ciencia y hacia su común herencia espiritual y destino»* (8).

Esta visión del Estado universal también la tuvo Campanella en *«La ciudad del Sol»* y la recogió Leibnitz en sus proyectos juveniles de Maguncia. La concibió Herder como un destino de Alemania y fue en no escasa medida justificación moral de los sueños hegemónicos germanos trágicamente liquidados, quizás, en las dos últimas grandes contiendas mundiales. Hay, claro está, una gran distancia ética entre la concepción política de Campanella y la de Herder (9).

Mas lo que salta a la vista es que cualquiera que sea el estilo al cual se ajuste la construcción política del federalismo hasta ahora delineado, no se prescinde del Estado como piedra angular del sistema a edificarse. Es claro que cada Estado al formar parte de una federación se somete de hecho a ciertas limitaciones. Renuncia a parte de su soberanía para que la absorba el Estado federal a los fines del ejercicio de la autoridad necesaria para la existencia de éste. Y si la lógica de los hechos correspondiese, en este caso, a la lógica de las ideas no es absurdo pensar que el proceso natural de este fenómeno puede conducir a la liquidación paulatina de los pequeños Estados para dar nacimiento al super-Estado entrevisto por algunos como fatalidad del que será incontenible poder naciente (10).

Pero admitamos también — pues estamos en trance de suposiciones — que este fenómeno de gigantismo político no se produzca. Consideremos que no está en lo cierto Lassing cuando anuncia como «una evolución ineludible, la dictadura de la razón de Estado supranacional».

Admitamos que cada Estado logre conservar su fisonomía dentro de la vasta estructura federal que resultará así unitaria pero no uniforme; aun así, este federalismo de Estado suscita una fuerte corriente de oposición; más fuerte por su vigor dialéctico que por su volumen político, al menos por ahora. Diremos que es una oposición abstracta frente a un hecho concreto.

(1) En varias oportunidades (*«La política y su máscara»*, *«Discordia»*) hemos insistido sobre este problema del lenguaje político referido a nuestros días, apuntando las confusiones maliciosas o involuntarias que acarrea. Aunque se trata de otra índole de enfoque, recomendamos al lector las muy interesantes reflexiones que sobre el tema del lenguaje publicó Eduardo Nicol en *«Cuadernos Americanos»*, México, n.º 6, año 1949.

(2) La historia de este conflicto ha sido narrada, entre otros, por Giovanni Domanico en *«L'Internazionale»*. Firenze, Casa Editrice Italiana, 1911.

(3) *«Crítica del Sindicalismo»*, por G. Plejanov (M. Aguilar, 1934). Pág. 48.

(4) *«Verba»*, de G. Alomar. (Biblioteca Nueva, Madrid, 1917). Pág. 125.

(5) William, T. R. Fox, en su obra *«Las superpotencias»*, (Fondo de Cultura Económica, México, 1944. Página 152, sostiene la tesis de que el mundo de las superpotencias (Estados Unidos, Inglaterra y Rusia) «es el augurio más prometedor de una era de estabilidad». Enfoca el mismo problema, desde el punto de vista del federalismo, Clarence K. Streit, en su libro *«Union Now»*, terminado de escribir en 1938. El capítulo primero, donde trata también el problema del super-Estado, apareció, traducido al italiano, en *«Federazione Europea»* (Saggi Federalisti), Editorial La Nuova Italia, Firenze, 1948. Págs. 119 y siguientes.

(6) L. Gumplowicz, *«Sociología y política»*. Ed. Inter-mundo, Buenos Aires, 1946. Pág. 198.

(7) Jorge Santayana, *«Tres poetas filósofos»*. (Lucrecio, Dante y Goethe), Ed. Losada, Bs. Aires, 1943. Pág. 87.

(8) Ver al respecto: Rodolfo Mondolfo, *«Ensayos críticos sobre filósofos alemanes»*. Ed. Imán, Bs. Aires, 1946. Páginas 24, 26, 89.

(9) Es interesante consignar que Ernesto Giménez Caballero, en su libro *«La Europa de Estrasburgo»*. (Visión española del problema europeo), editado por el Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1950, advierte que Europa tiene que superar «la suicida dispersión nacionalista y romántica que hoy en vano intenta federar la Europa de Estrasburgo». (Pág. 23). Y agrega «que en las actuales circunstancias, Europa se encuentra en una «crisis» de salvación. Como tras 1918. Como tras el fracaso napoleónico. Como antes de Carlos V o de las Navas de Tolosa o de Carlos Martel. Como ante la lucha con Cartago. O en la guerra de Grecia contra los persas. O de las razas prehistóricas europeas contra invasiones de Asia y de Africa. Y esta crisis será superada a través de otra inevitable Edad Media — feudal, federalizante —, que

LOUIS DEVALDES

por MANUEL DEVALDES ⁽¹⁾

DESPUES de graduarse en la escuela sus padres lo colocaron como aprendiz en un taller de litografía. Ya en la clase había soñado con ser algún día un artista. Fue esta inspiración la que influenció a su familia en la elección para él de algún oficio, que tuviera alguna relación con el arte. Sin embargo, para Moreau el arte debería estar separado de la propia profesión. El oficio no es otra cosa que un medio de vida asegurando libertad y dignidad al artista. Moreau trabajaba en la litografía como un artesano, del mismo modo que Spinoza pulía los vidrios de los lentes para asegurar la integridad de su mente. De modo que nunca empleó la piedra para interpretar sus sentimientos o expresar sus ideas.

Fue hacia 1898 cuando empezó, solo, en su nativo Berry (2), a dibujar cerca de la naturaleza. En Châteauroux (2) asistió por un momento a las clases vespertinas de dibujo que daba la municipalidad. Pero sólo ofrecían un mínimo de instrucción y de corrección. Cuando tenía 18 años, en 1900, se trasladó a París en busca de trabajo. Viviendo ya en la capital, con la ventaja de su tiempo libre, empezó a dibujar plazas o gentes de la gran ciudad o paisajes de sus suburbios. Luego asistió a unos cursos para hacer bosquejos con modelos desnudos. La pose era breve: diez minutos; después de la cual, la modelo asumía otra actitud. Este excelente ejercicio lo ayudó a adquirir cierta visual y rapidez en la ejecu-

ción. Cierta vez pude ver miles de estos bosquejos dibujados por aquellos estudiosos esfuerzos. Revelan ya a un artista maestro de su lápiz.

Desde entonces, este gran trabajador, Moreau, no ha cesado de estudiar, de perfeccionarse, y hoy admiramos en él a un artista de gran talento y de sólido conocimiento.

El pintor de acuarelas iguala al artista. Moreau ha acumulado en sus carpetas toda clase de acuarelas, fuertes estudios de los cuales algunos constituyen trabajos terminados y otros sirven como composiciones para sus grandes cuadros o ilustraciones para sus libros. Puesto que, se trate del arte o de la vida, todo él está en favor de la realidad y la verdad. Son éstos, en su mayor parte, paisajes campestres o marinas, pero al lado de los mismos, se encuentran también estudios de gentes con suficientes detalles.

Muy particular mención debe hacerse de sus «Perdones» bretones (nombre dado a los peregrinos de Bretaña) y de sus «Mercados». Agradan estos trabajos debido a su movimiento y colorido, con su multitud de campesinos de ambos sexos: bretones viviendo, pensando, vistiéndose con las tradiciones de su provincia, con sus sombreros de terciopelo, sus chaquetones multicolores y sus zuecos; las mujeres con sus tradicionales vestidos de amplias faldas, sus delantales de seda bordada, y sus aladas y blancas cofias. Estas acuarelas fueron hechas de una sola vez y siempre

al aire libre. Para captar gestos en aquellas multitudes se necesita cierta maestría, y especialmente la ciencia de los agrupamientos humanos. Moreau poseía todo esto.

Cuando tenía unos treinta años, en 1912 o 1913, debutó en pinturas al óleo. Luego vino la guerra (3). Lo cual significó para el pintor cinco años de inactividad. Pero a partir de 1919 de nuevo tenía en sus manos la paleta y el pincel. Poco a poco fue adquiriendo su propia manera, la de un realista sin vulgaridad, de vigoroso toque, sentimiento personal y respondiendo a la hermosa definición del arte dada por Zola: «La nature vue a travers un temperament» (La naturaleza vista a través de un temperamento).

Y en seguida que para él empezaron las vacaciones de nuevo, retornó a los lugares de su juventud, notablemente al espléndido valle de Creuse (4). En mi opinión, aquí fue donde creó sus más bellas pinturas. Me agradan por sus distantes perspectivas, sus cielos etéreos, la serena armonía con que están penetradas y los frecuentes grandes panoramas que ofrecen. Pero el amor que este hijo de Berry siente por su lugar natal no es óbice para que busque en otros rincones de Francia temas para sus pinturas, y entre éstas encontramos, junto a otras, las marinas y los mercados de Bretaña, de las cuales ya hemos hablado al considerar las acuarelas.

El espléndido artista que es Moreau lo prueba él mismo en

estamos empezando a atravesar, hostigados por los barcos. (Pág. 146).

(10) «Europa y Asia», por Theodor Lassing. Ed. Poseidon, Bs. Aires.

los diversos modos de expresión ya mencionados, pero es particularmente conocido y estimado como grabador en madera.

El grabado en madera es un arte muy relacionado a la literatura, debido a que a menudo se emplea como la interpretación de la idea del escritor, o pura y simplemente para el embellecimiento del libro. De manera que cuando uno conoce el carácter, los gustos y las aptitudes de Moreau, no se sorprende de que haya recurrido a este arte que parece tener su predilección por encima de todos los demás. Su amor por los libros, su aplicación en la minuciosa elaboración de su profesión litográfica, notablemente, lo inclinaron a escoger la madera para que pudiera manifestar su amor por la belleza, y su rebeldía contra las fealdades de los hombres y de su sociedad; rebeldía, puesto que grabando con boj, peral o cerezo, crea a menudo una moral de crítica social.

En cuanto a la práctica de su arte, Moreau es un adepto de la nueva técnica que hizo su aparición en Francia hacia 1890, con Lepère, y fue luego adoptada por algunos grabadores que abandonaron los viejos métodos, en los cuales el artista se pierde en el detalle. Este arte, que ha renovado el arte del grabado en madera, consiste usando grandes **aplats** (superficie lisa, negra o de otro color sobre el papel, sin ninguna parte de blanco o de gris; en resumen, una superficie toda negra, que corresponde a la parte de la madera que el grabador no toca); negra o de otro color en el **champlevé** (operación de tallar la madera para producir partes blancas del grabado en papel) de los huecos del grabado, lo que da hermosos blancos — esos blancos que encantan en los paisajes o en los desnudos de Moreau —. ¡Cómo él sabe, cuando tiene espacio suficiente, dar a los **champlevés** (las partes blancas del grabado) un significado simbólico! Pero el valor evocativo de sus blancos no es menos cierto en sus sencillos y realistas trabajos.

Fue en 1913 cuando aprendió bien el grabado de madera. Durante la guerra, movilizado — muy a pesar suyo — en un depósito de infantería, si bien es ver-

dad que era un mal lugar para pintar cuadros, lo fue mucho más fácil dedicarse por completo al grabado en madera. ¡Algo que se ganaba al enemigo, al verdadero enemigo! Como recuerdos marcando aquella ignominiosa época, existen algunos pequeños trabajos antimilitaristas, trabajos de su mejor maestría. Pero sobre todo, tenemos su potente trabajo: el hermoso álbum de «imágenes antiguerreras», titulado **Mars, Dieu des Armées** (Marte, Dios de los Ejércitos), en el cual, elevando, a través de su execración por la ignominia militarista, su arte al punto de un símbolo, ha magníficamente estigmatizado a la guerra y a sus instrumentos. En estas composiciones, cuyo arte recuerda al de Alberto Dürer (5), nuestro Moreau se ha manifestado con una trágica grandeza a la vez que se ha revelado como un gran maestro (6).

Nuestro artista se ha interesado de vez en cuando por la vida laboriosa de las grandes ciudades, pero solamente como de paso ha notado aspectos, pues no profesa simpatía hacia las grandes urbes y la furiosa labor que hay en ellas. Si fue atraído y finalmente atrapado por los tentáculos de París, fue debido a imperativas razones relacionadas con su vida material. En el fondo de su corazón, este desarraigado siente nostalgia por la vida campestre de su provincia. Y si a veces representa a los trabajadores, prefiere a los que serenamente se entregan al trabajo más libre de los campos y el mar.

Un número de composiciones nos muestran al rebelde que hay en él; como, además de las nombradas, sus **Vignettes démocratiques** (Viñetas democráticas), en donde, con su modalidad satírica, pasa en revista a las instituciones de la sociedad burguesa. Observamos aquí crítica aguda. Pero, cuando retorna a los encantadores aspectos de la naturaleza, sus grabados, nos ofrecen, por contraste, una impresión de reposo.

Apreciado como lo es en Francia, en el mundo de los escritores y artistas independientes que están en la vanguardia, Moreau es igualmente apreciado en otros países, en Inglaterra por ejemplo,

como lo ha demostrado su colaboración en **Form** (Forma) y en **The Golden Hind** (El Labrador Feliz) y en su participación en la manifestación de arte organizada por **Studio** en 1927, en el valioso número especial titulado: **The Woodcut of Today at Home and Abroad** (El grabado en madera hoy, en nuestro país y en el extranjero).

Moreau es ya un maestro en la ilustración de libros. Sus espesos comprensivos y agradablemente distribuidos, resaltan una hermosa tipografía en el buen papel. Sería larga tarea nombrar aquí a todos los libros que ha embellecido. Me limitaré a citar, entre los más importantes: en las «Editions de Demain» (Ediciones Futuras) a **La Jeune Fille bien élevée** (La Chica bien Educada) de René Boylesve; y en las «Editions du Pot Cassé» (Ediciones de la Olla Rota), las **Satires** (Sátiras) de Juvenal, **L'Isle Sonnante** (La Isla Sonora) de Rabelais, y **Le Bon Sens du curé Meslier** (El buen sentido del cura Meslier). Dudosa es la existencia del tal cura Meslier y parece ser que su autor no era otro que Holbasch (7). No debemos olvidar, desde luego, la hermosa colaboración y de primer orden, dada a **The Oriole Press** (Prensa de la Oropéndola), dedicada a la Belleza Pura. Sus colaboraciones a trabajos colectivos como **Eliséé and Elie Reclus** (Eliseo y Elías Reclus) **Havelock Ellis**, etc., y **Plant Phy-Plantas** de Elías Reclus. También **The Song of Songs** (El Cantar de los Cantares) dramatizado por Renán, traducido al inglés y prologado por Havelock Ellis; como así los dos volúmenes de **Free Vistas** (8). Y el público que sigue el trabajo artístico de Joseph Ishill y Rose Florence Freeman pronto verá las cuarenta y seis maderas grabadas (cabezales, terminales y frontispicios en dos colores) que adornarán la versión inglesa de **Histoire d'un Ruisseau** (El Arroyo) de Eliseo Reclus.

Este demasiado corto estudio sería incompleto si no añadiera unas pocas palabras sobre el carácter de Moreau y la conformidad del mismo con sus ideas.

Cuando un artista no limita su arte a interpretar la belleza esparcida por la naturaleza, cuan-

do estigmatiza la fealdad que también existe, especialmente en la naturaleza humana, sencillamente, con gran fervor sirve a la adoración que rinde a la naturaleza. Y justo esto es lo que Moreau hace. Pero nosotros los bioestéticos (9) somos exigentes. Es esencial para nosotros que también la vida del artista — **noblesse oblige** — (noblesza obliga) sea, aun más que la de no importa que otro ser humano, una obra de arte. Y este es precisamente el caso de Moreau.

En él vale tanto el artista como el hombre: ambos se unen para formar una vida armoniosa. Si el espacio lo permitiera podría citar muchos aspectos de su vida, mostrando su total independencia contra los poderes de la fealdad, parasitismo y opresión; su repulsa hacia los «medios» de los oportunistas; su individualismo opuesto al académico dogmatismo, como también a la regimentación de las «escuelas»; su desprecio por el dinero, los honores y los premios; su determinación de no vivir **del** arte, sino **para** el arte.

Todo esto está mezclado en

Louis Moreau. Hombre y artista son una misma persona, para la realización de la constante belleza que es el ideal de la Bioestética (10).

NOTAS

(*) Se ha traducido este estudio, escrito directamente por su autor en idioma inglés, de **FREE VISTAS** (volumen II, páginas 311-324). Va adornado con doce ilustraciones de Moreau.

(1) Ernest Lohy (Manuel Devaldes) nació en Normandía en 1875. Su deceso se produjo en París en 1956. Los *Cuadernos de Pensamiento y Acción* que en Bruselas anima Hem Day (números 7 y 8) son sobre Devaldes. Asimismo, véase sobre él mismo el librito de Gérard de Lacaze-Duthiers el titulado *Manuel Devaldes o la Bioestética en Acción* (Biblioteca de la Artístocracia, París, 1934).

(2) Antiguo condado y ducado de Francia, cuya capital era Bourges.

(3) La primera guerra mundial (1914-1918).

(4) Departamento de Francia.

(5) Alberto Dürer (1471-1528), pintor y grabador alemán.

(6) *Mars, Dieu des Armées*. Seis

imágenes antiguerreras, dibujadas y grabadas en madera por Louis Moreau, 1915. Edición del autor de treinta ejemplares. *Mars, Dieu des Armées*. Segunda edición de cien ejemplares, impresa por los maestros impresores Girard y Bunino de París, 1927.

(7) Paul-Henri Holbach (1723-1789), filósofo francés, materialista y ateo, autor de la obra *Sistema de la Naturaleza*.

(8) En el último libro de Joseph Ishill (el *Variorum*), terminado de imprimir en 1963, hay también ilustraciones de Moreau.

(9) Bioestética, bioestéticos: términos creados por Manuel Devaldes.

(10) A consultar sobre Louis Moreau: *Louis Moreau*, por Robert Kester y Hugues Lapaire. Cuarenta y dos reproducciones de cuadros, maderas y dibujos. Impreso en París por los maestros impresores Girard y Bunino, 1927. Tirada de quinientos ejemplares numerados.

Louis Moreau, Peintre et Graveur L. M., Pintor y Grabador) por Manuel Devaldes. Biblioteca de la Artístocracia, París, 1935. Tirada de cuatrocientos tres ejemplares. Librito de 96 páginas magníficamente ilustrado con pinturas y xilografías de Moreau.

ARMONIZAR ES CONCILIAR

HAY que llegar, pues, a una síntesis conciliadora. En estos últimos tiempos, la colectividad ha alcanzado una categoría decisiva. Las masas deciden en la vida social. Los estadistas se van percatando de que sin éstas no se puede hacer nada sólido, que sin su concurso no puede haber estabilidad. A grandes cambios de la sicología popular han de suceder grandes innovaciones en el arte político. El aprovechamiento restringido de los beneficios sociales no puede estar oculto a la mayoría. El esfuerzo general no puede ya canalizarse por cauces privados. Se produce para todos, se ordena para todos, y el beneficio no puede ser privativo o protector de determinadas minorías.

Los sistemas los modifica la realidad de la economía, sobre todo, viene oscilando desde antiguo en el flujo y reflujo de la abundancia y la miseria. Donde no hay abundancia, difícilmente habrá equidad; mientras se produzca con esfuerzo y con pena habrá diferencias sociales, disgustos, réplicas, coacciones y desigualdades.

La técnica, en definitiva, será la gran redentora. Todo está en que, mientras, la gente se de cuenta de los intensos beneficios que la técnica proporciona no puede ser de aprovechamiento individual, de ventaja política. No hay más que dos postulados básicos en la vida política y de relación del hombre: la independencia de su espíritu y la necesidad de ordenar su convivencia. El régimen político que sepa salvaguardar inteligentemente estas dos condiciones será el más duradero, el más justo y el más humano.

Lo ideal sería encontrar la fórmula de una ordenación a la manera de una organización centralizada del mundo, neutra en su esencia y desinteresada en su moral, que previniera los movimientos y las reacciones de una economía sabia para contrarrestar los contragolpes de cualquier interés particular de los nacionalismos abstractos. No hay más que una manera de producir y una manera de entender la moral del beneficio.

Se produce para vivir y no para atesoramiento individual. Todo debe estar al servicio del hombre y no para humillarlo. Se vive para mejorar la necesidad y para perfeccionar el alma humana.

La Vida y los libros

Ejemplos de anarquía

por V. Muñoz

PATTERNS OF ANARCHY (Nueva York: Anchor Books, 1966). Antología compilada y redactada por Leonard I. Krimerman y Lewis Perry.

Esta magnífica obra representa, primero, la mejor antología libertaria publicada hasta la fecha en América, y segundo, la obra más seria y veraz sobre la anarquía y el anarquismo publicada por una editorial comercial (Doubleday) y redactada por dos autores competentes que no pertenecen al campo libertario.

Ateniéndonos a esto, podríamos decir, que excepto en el caso también reciente del libro *Ni Dieu ni Maltre* (Ni dios ni amo) compilado y redactado por Daniel Guérin — libro que no he podido aun leer — en Francia, nunca se había publicado en el mundo una obra de tanta envergadura para estudiar seria y desprejuiciadamente el ideal anarquista.

Si bien es verdad que editoriales comerciales publicaron en el pasado obras de anarquistas o sobre los anarquistas, cual es el caso en España, entre otras editoriales, de Sopena y Maucci, nunca se presentó al público lector una antología tan lograda.

Citemos como ejemplo a lo dicho la obra *La Anarquía* por el juriconsulto y profesor libre docente en la real universidad de Roma, Héctor Zoccoli. Esta obra fue presentada en Barcelona, mediante una excelente traducción de Miguel Domenge Mir, por la editorial comercial «Henrich y Cia» e incluida en la Biblioteca Sociológica Internacional. El último tomo se publicó en 1909.

Si bien la obra de Zoccoli es buen vivero de documentación que de ningún modo puede ser pasado por alto y que difícilmente es asequible al lector corriente en otra parte, no es una obra objetiva, pues en ella campea la parcialidad de una persona aferrada a una concepción autoritaria de la existencia humana. Por supuesto, no importa quién es libre de creer cual entienda, pero si hemos de tratar un determinado tema, debemos acercarnos cuanto más podamos a la verdad del mismo y no presentar como verdades los errores presentados por personas anteriores.

Este defecto no se encuentra en *Ejemplos de Anarquía*. Teniendo en cuenta el ya citado libro de Daniel Guérin, al que por reseñas leídas parece tener cierto paralelismo con esta antología norteamericana, cabe decir, que esta obra es el punto de partida, la piedra angular, el cimiento, de cuantas antologías libertarias de su misma índole (seriedad, imparcialidad, veracidad), puedan escribirse en América sajona y latina.

Ha habido un anterior intento antológico similar en

cuanto a edición comercial e idioma. Intento que no ha podido reflejar la realidad: *The Anarchists* (Los Anarquistas) por el profesor Irving Louis Horowitz (Nueva York: Dell, 1964). Este libro ya fue reseñado en nuestro idioma por Miguel Angel Angueira Miranda en la revista libertaria *Reconstruir* de Buenos Aires (nº 42, mayo-junio de 1966). Este crítico escribía que el autor «no captó la onda». No agarró la onda, en el lenguaje rioplatense quiere decir que no se dio cuenta en verdad de lo qué es la anarquía. Horowitz incluye en esta antología un epílogo suyo que de no haberlo incluido su antología hubiera sido más lograda.

Pero la antología en sí de Horowitz es buena, aunque presenta textos fragmentados, sin advertencia al lector, que tiene derecho a conocer la verdad en todo. Por ejemplo, en el texto de *Desobediencia Civil* de Thoreau. No obstante, no me parece de tanta validez la objeción de algunos críticos, en el sentido de incluir en el anarquismo o en la anarquía a escritores anteriores a la Revolución Francesa. Por ejemplo aun, Denis Diderot.

Se debe aclarar, ante todo, que la anarquía es una filosofía y no un movimiento. Por lo tanto, la anarquía existió antes que el anarquismo (el movimiento nutrido de la savia anarquista). La anarquía existió desde los albores legendarios de la raza humana y existiría hoy aunque (es un decir) no hubiera ningún anarquista militante. Seguirá existiendo siempre. Los tiranos, por ejemplo, pueden aplastar al movimiento anarquista, pero nunca podrán extirpar a la anarquía. Ejemplarizando esto con España, se puede decir que Francisco Franco morirá en su día (puesto que es un ser mortal y perecedero como lo somos todos), pero la anarquía seguirá viviendo en España y, puesto que el mundo tiene como norte el progreso (y en este caso la libertad), el movimiento anarquista también resurgirá en España. Sería iluso entender que las tendencias liberales (de las cuales el anarquismo es su máxima o más avanzada posición) se hundirán para siempre. Son, como el corcho, insumergibles. Lo que inevitablemente tiende a la desaparición son las tendencias retrógradas, reaccionarias. El mundo (o parte de él), momentáneamente puede estancarse o ir hacia atrás un poco; pero, inevitablemente, su ruta es hacia adelante. No podemos dejar la aeronave supersónica y volver a la diligencia. Al contrario, vamos hacia las astronaves.

Tomemos un ejemplo de una persona autoritaria para corroborar esta axiomática verdad. L. Proal, un juez que en su tiempo juzgó a muchos anarquistas del siglo pasado, escribió un ensayo muy bueno en este sentido (apar-

te, claro está, de los errores de interpretación, también basados en su formación judicial y en su comprensión autoritaria de la vida), que fue publicado en la *Revue Philosophique* (*Revista Filosófica*: París, Librairie Felix Alcan, nº 8, agosto de 1916). Se titula este meritorio trabajo *El Anarquismo en el siglo XVIII*. Infelizmente yo solo tengo este ensayo trunco, pues apareció la continuación en números siguientes de dicha revista. «La anarquía — escribe Proal — no nació ayer, no surgió súbitamente, no existe una anarquía espontánea. Las causas de la anarquía son múltiples; las hay sociales o económicas, pero también las hay literarias y filosóficas. La anarquía no ha surgido únicamente de la Internacional y la Comuna; la anarquía es el resultado de un largo trabajo realizado en el pensamiento de los hombres.»

En Horowitz hay el epígrafe del libro que trae a colación esto que vamos estudiando. Lo dedica a la memoria «del gran libertario G. D. H. Cole, que indicó esta verdad básica: «Los anarquistas... eran anarquistas porque no creían en un mundo caótico». Bueno, resulta evidente que el caos societario (lejos de estar en la «anarquía» cual la definen los autoritarios) se encuentra en la presente sociedad, antípoda a las concepciones anarquistas. Se debe vulgarizar el término anarquía (autoridad, dominismo) y calificar a todos los autoritarios de arquistas. Los libertarios solamente anteceden a este vocablo con el sufijo an. Es decir son an-arquistas o anti-arquistas. Las personas mal intencionadas o las personas ignorantes, pueden decir: «Ustedes son anarquistas». A lo cual débese contestar: «Es verdad, somos anarquistas porque ustedes son arquistas, y ustedes son arquistas, porque por intereses o ignorancia defienden el caos, el desorden, la explotación humana, las guerras, la propiedad privada del patrimonio común a toda la humanidad, etc.»

Decía que el epígrafe sobre Cole trae a colación lo del pensamiento anarquista a través de los siglos, puesto que es autor de una magna obra titulada *Socialist Thought* (*El Pensamiento Socialista*), cuyo primer tomo, *Los Precursores*, no debe faltar en ninguna biblioteca libertaria. Hay edición al español: *Historia del Pensamiento Socialista*, editada por el Fondo de Cultura Económica de México. Al hablar de Cole, me viene a la memoria otro aspecto que debemos estudiar sobre estas antologías (las dos citadas). Tanto los autores de *Ejemplos de Anarquía* como el autor de *Los Anarquistas* e incluso el mismo Cole, no son lingüistas. Es decir, no conocen, aparte del suyo, a los más importantes idiomas periféricos actuales. Por lo tanto, su obra, se reduce al campo sajón (especialmente al idioma inglés) y si bien es una «novedad sorprendente» para el lector general en idioma de Shakespeare, es pobre para el lector poliglota.

Ejemplaricemos. En la introducción al segundo tomo de *Socialist Thought* titulado *Marxismo y Anarquismo* (1850-1890), confiesa el autor: «Al escribir este volumen me he visto embarazado otra vez por mis limitaciones lingüísticas, porque no se nada de ruso, muy poco de alemán y casi nada de español e italiano. Esto quiere decir que teniendo a basarme todo lo posible en textos en inglés o francés, incluyendo traducciones, y que mi información acerca de Rusia y de España especialmente es casi toda de segunda mano.» Esto también lo ratifica el escritor libertario Vernon Richards en su introducción a una excelente antología malatestiana titulada *Vida e Ideas de Errico Malatesta* (Malatesta, Life and Ideas, Londres: Freedom

Press, 1965), cuando escribe: «Es notable que los historiadores sociales ingleses no son lingüistas» (véase la traducción a nuestro idioma de este prólogo en la revista montevideana *Solidaridad*, mayo de 1968..

No porque nosotros hayamos nacido en Iberia (aunque hubiéramos visto por primera vez la luz del sol en Islandia o en Corea esto no dejaría de ser menos verdad) comprendemos que en una buena antología libertaria no deben faltar escritores nuestros que escribieron en español o en portugués: Anselmo Lorenzo, Ricardo Mella, José Prat, Eleuterio Quintanilla, Federico Urales, Dr. Fabio Luz, José Oiticica, etc. Y también plumas libertarias de otros países. Pero, y ya volviendo a la hermosa antología *Ejemplos de Anarquía*, estas omisiones han sido debidas a que los compiladores por motivos lingüísticos no han podido ofrecer una antología que hubiera abarcado el cosmorama libertario mundial. Si, por ejemplo, hubieran conocido el idioma español, no hay duda que (por citar solamente a una persona) hubieran incluido a Anselmo Lorenzo. Y no al Lorenzo del solo Proletariado Militante, sino de su vasta obra dispersa en multitud de periódicos y revistas, en bastantes folletos, en prólogos de libros, o en libros también como *Via Libre*, *El Pueblo* y *Hacia la Emancipación*.

Pero antes de decir algo sobre *Ejemplos de Anarquía* en sí, no pasemos por alto dos aspectos importantes para cuantos estudian con placer a la anarquía como doctrina y como historia. El primero es sobre lingüística. La humanidad aunque para diferenciarla de otras especies la denominamos como «Raza Humana» está subdividida por toda una pluralidad de pueblos biológicos. Se conoce enseguida si una persona es asiática o europea, si es originaria de Africa o nació en las selvas amazónicas brasileñas. Esta diferenciación existe asimismo en la idiomática. Los idiomas son algo tan vivo como el color de los ojos o la pigmentación de la piel. Por supuesto, un poliglota tan genial como Lázaro Zamenhof (a la vez un gran humanista), citando a este solo ejemplo, creó un idioma artificial, el Esperanto, como vínculo de unión entre los diversos pueblos idiomáticos. Pero entiéndase bien, no estuvo en su mente la idea de que el Esperanto reemplazaría un día a los idiomas de la Tierra. Yo diría a los jóvenes, ¡aprended el Esperanto! Pero también les diría, por ejemplo, a los jóvenes latinos, ¡aprended el inglés! Si llegáis a saber aunque más no sea el inglés básico podréis ya penetrar en un pueblo idiomático que abarca gran densidad de la humanidad (se calcula unos 250 millones de personas hablando tal idioma). Y a los jóvenes sajones: ¡aprended el español, el francés y el italiano! En estos tres idiomas hay una vasta literatura anarquista que debe estudiarse en el original.

Veamos el otro aspecto, el de las ediciones. En este preciso momento el movimiento anarquista internacional se ve en dificultades económicas para la edición de libros libertarios. E incluso, si se estuviera en posesión de medios para publicaciones de esta índole, el costo de las ediciones es hoy más caro que nunca. ¿Débese por eso paralizar la corriente libertaria por medio del libro? De ningún modo. Pero hay que canalizarla principalmente hacia otra fuente: la de las grandes editoriales comerciales. ¿Cuánto no hubiera costado en sacrificios a los libertarios publicar *Ejemplos de Anarquía*, voluminosa obra de 570 páginas? La editorial que imprimió esta obra apenas si ha «sentido» el gasto. La misma inclusión de tal título en su catá-

logo de ediciones, demuestra que la Anarquía está resurgiendo como tema preferencial para cuantiosos lectores que encuentran en este material lectivo notable fuente de inspiración, emulación y estudio. Se comprende: a medida que el público lector pierde interés en el bolchevismo y se le comprende como el fenómeno más regresivo de la época moderna (la apoteosis del Estado), crece su interés por la literatura libertaria. Circunscribámonos a un solo caso, al de Alemania. Hoy no estamos ya en la época en que en Berlín había la gran editorial libertaria El Sindicalista. Después de la desaparición física de Rudolf Rocker, tampoco ha podido resurgir en Alemania (momentáneamente) una gran publicación (periódico o revista) libertaria. Editoriales comerciales han editado algunos buenos libros de autores anarquistas, como es el caso de Incitación al Socialismo de Gustav Landauer. Pero se trata de otra cosa. Los compañeros o simpatizantes interesados en la difusión cultural del ideal anarquista a través del libro, deberían orientarse a entrar en contacto con los consejeros literarios de las grandes editoriales para proponerles la edición en idioma original (en alemán) de la Historia de la Anarquía (diez volúmenes) del Dr. Max Nettlau. De publicarse esta magna obra (lo mejor en la materia) en el idioma de Goethe, en seguida sería traducida a otros idiomas periféricos (el inglés, el español, etc.), sirviendo así de gran utilidad al público lector y, ¿por qué no decirlo?, a la causa de la anarquía. Con seguridad que los otros escritos del Dr. Nettlau serían luego publicados (la serie de sus grandes biografías, la serie de sus monografías históricas, sus escritos doctrinarios que son de suma importancia, etc.) Entiéndase bien que se debería conectar con las editoriales comerciales de vasta difusión popular y no con institutos especializados que, en este caso, requieren asimismo un público lector minoritario. En lo que atañe a la difusión cultural, los libertarios, deberían estudiar este importante aspecto, en el cual hay que trabajar extramuros y no intramuros, como fuerza centrífuga y no centripeta. Y antes de pasar al párrafo siguiente, para mejor ejemplarizar lo antedicho, ateniéndonos al escritor libertario, debe ir también «campo afuera» y no circunscribirse a escribir solamente en nuestros periódicos y revistas; debe hacerlo asimismo en diversas publicaciones donde pueda presentar culturalmente al ideal anarquista.

Esto es lo que hizo el gran escritor libertario Herbert Read (feneido en Inglaterra el 12 de Junio de 1968) reseñando a Ejemplos de Anarquía con un notable ensayo que apareció en la revista londinense «Encounter (Encuentro)» de enero de 1968. Se titula este notable estudio Anarquismo pragmático. Para mí ha sido un honor traducirlo, luego de haber conseguido que dicha revista me concediese la libre publicación en una revista libertaria, pues Encounter tiene «copyright». Y ahora sí, limitémonos, aunque sea brevemente a Ejemplos de Anarquía. Todo esto es ya posible porque hay una tendencia manifiesta a acoger a la anarquía tal cual es en algunas publicaciones no especializadas en ella, como así una buena voluntad y comprensión por parte de sus animadores. Más que en ningún campo la anarquía debe engrandecerse en el campo cultural, sereno, pacífico, respetuoso con las diversas ideologías y con los seres humanos que las sustentan. No hay duda de que la anarquía hallará en este terreno fecunda fertilidad y promisorio futuro.

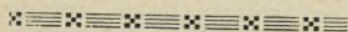
Krimerman es un profesor de filosofía y Perry un estudiante de historia, que asimismo profesa en una univer-

sidad. Ambos dedican este libro a sus hijos «Samuel y Mina Krimerman, Alberto e Irena Perry». Este estudio ha sido patrocinado por dos importantes bibliotecas: la de la universidad de Cornell en Ithaca y la del Instituto Mamiment en Nueva York. Pero fíjese el lector en el siguiente detalle: «Nos hubiera sido imposible preparar esta antología sin la cooperación de la Freedom Press (17, a Maxwell Road, London, S. W. 6, Inglaterra) y la Libertarian League (P. O. Box 261, New York, 3, N. Y., Estados Unidos). Aunque no habíamos tenido contacto previo con ninguno de estos grupos, los dos entusiastamente nos ayudaron, especialmente enviándonos grandes cantidades de material que hubiera sido imposible encontrar en la mayor parte de las bibliotecas.» Y añaden más adelante: «No importa qué estudiosos del anarquismo estará bien aconsejado si trata de relacionarse con ellos.» Por último una de nuestras compañeras les ayudó: «Rosemary Stoeher mecanografió una gran parte del manuscrito, sin pensar siquiera en ser pagada por ello, lo que más que nunca nos ha hecho apreciar los principios anarquistas». Los escritores sajones, en general, tienen un aspecto muy bueno: son ayudados de una u otra manera por sus esposas en la realización de los libros que les son más queridos, como si consubstanciáran con el adagio árabe: Plantar un árbol, engendrar un hijo, escribir un libro. Y reconocen en la página de «Agradecimiento» la colaboración de sus cónyuges. Por eso en este hermoso libro también encontramos esta nota simpática: «Nuestra mayor deuda va hacia nuestras esposas Ruth y Eleanor».

Vamos a detenernos un poco, aunque brevemente sea, en el prólogo, para no extendernos demasiado, debido a la carencia de espacio. Además es el propósito de este escrito el que todos cuantos tengan acceso a la bella lengua de Shakespeare lo adquieran para sus bibliotecas, públicas o privadas, la propaguen como ejemplo para todos cuantos quieran verazmente documentarse sobre el ideal anarquista, y a la vez, para que sirva de emulación, para todos cuantos intenten presentar antologías libertarias al público lector. Este hermoso prólogo empieza así:

«Cuando en la convención constitucional de Pensilvania durante varios meses discutieron los delegados sobre la necesidad de un nuevo gobierno, la vida de la comunidad transcurrió pacíficamente. Se dice que Benjamín Franklin advirtió a los delegados: «Señores, ustedes ven en la anarquía en que la sociedad vive y ésta transcurre sin ningún inconveniente. Tengan cuidado, pues si nuestras disputas duran mucho, no vaya a darse cuenta el pueblo que puede pasarse muy bien sin nosotros.» ¿Fue esto una broma? ¿Es esto apócrifo? ¿Es realidad? Sea como fuere, no hay duda de que si cuando los ingleses fueron derrotados en Estados Unidos, no hubiera surgido ningún gobierno, la sociedad norteamericana sería ahora un paraíso. Simpática introducción y presentación de una antología libertaria que, de ningún modo, debe limitarse a los estudiantes universitarios y sí al público en general. Las universidades deben ser populares, deben tender a la educación del pueblo, que al fin y al cabo es quien las costea. «Los libros y artículos que ante nosotros tenemos, sobre el anarquismo, sugieren que su renacimiento no debe circunscribirse a entusiastas estudiantes universitarios». Este prólogo es toda una maravilla, y con toda honradez y penetrante discernimiento, los autores le terminan así: «Nuestro asombro por la riqueza de la litera-

TEATRO



Busca un poeta que te ame, para el día de tu muerte...

ESCENA UNICA

La escena se desarrolla en un jardín, a la hora del crepúsculo.

Jornalero (poeta, amante de Estrella), pobremente vestido, en ropas de trabajo; Mecenas (avaro) — características propias —.

**

Jornalero (entrando por la derecha). — Dulce y tranquilo atardecer — después de un largo día de trabajo de «sol a sol» —; en un río de tristeza se va mi ser: ¡cómo siento la nostalgia de su recuerdo!

Estrella (entrando por la izquierda). — Era la canción del viento que deshoja mi esperanza.

Jornalero. — La noche del esclavo, con sus nubes negras, llenan de rebelde humildad mi corazón.

Estrella. — ¡Cómo te quiero!... Llevo prendido tu semblante total sobre mi pecho... él es mi escapulario.

Jornalero. — No quisiera pensar tanto en ti — ¡un imposible en un mundo sin recursos para mí! —; pero el alba descubre tu imagen en el beso de luz de la mañana, y lo mece el crepúsculo en sus ondas sonoras. ¡Qué intenso sería el vivir en un libre Planeta!

Estrella. — ¡Mira cómo mis ojos están clavados en mi pensamiento —

por COSME PAULES

de bellas ensoñaciones —, mientras arde mi esperanza!

Jornalero. — ¿Esperanza en un mundo hidrogenado por la fuerza bruta de la muerte inútil? ¡Oh, hermoso ser de maravilla! ¿Qué me diste a beber para que así viva esclavo de tu recuerdo, este para del «orden y la tranquilidad» ambientes?

Estrella. — En la fuente de mis labios te di a beber el néctar de las flores, mi adorado Jornalero: tú las plantas, las riegas, las alimentas con la fuerza hercúlea que la Madre Tierra ha uesto en tí, para que te entregues ¡odo!, en aras, quizás, de nada. ¿Comprendes? Así te amo conscientemente...

Jornalero. — Mi única ambición es tu cariño... ¡Eres tú la poesía que yo busco! la belleza genital de un mundo nuevo...

**

Mecenas: (entrando por la izquierda). Mi única ambición es el dinero.

(Estrella, que no ha podido continuar hablando, hace un gesto de desagrado y vase).

Jornalero. — Mi única religión es el amor.

Mecenas. — Sin el dinero no podrás realizar tus sueños... ¡y ni siquiera realizarte...!

Jornalero. — Mis verdaderas riquezas son inmensas. Una sola de ellas, ¡vale un potosi! mi imbatible anhelo de libertad, en un mundo encadenado.

Mecenas. — Eres un iluso que se alimenta del resplandor de las estrellas: ¡Dinero, dinero! Con dinero se compra todo. ¡Oro! — ante su hirviente brillo nada se resiste —.

Jornalero. — El dinero nunca hace mejor a nadie, porque tiene la propiedad de apagar con su egoísmo todos los sentimientos nobles y generosos.

Mecenas. — Bien. Pero, ¿podrás negarme que el oro nos ofrece el poder de ser amos, en un mundo de esclavos?

Jornalero. — ¿Poder? ¿Autoritarismo? ¿Estado? Eso no es poesía, mi querido Mecenas. Por el contrario: es la ruina de lo mejor y más sano del hombre y la mujer conscientes. No lo olvides. Muere la vida con eso: resurgirá el día mismo en que eso sea considerado como la más inmundicia lacra de los tiempos pasados. El hombre nace libre y — cuando se la quitan — debe poner vida y muerte en la pura conquista airada de la incomparable libertad que lo hará sanar de todas sus cancerosas malignidades a ultranza.

Mecenas. — ¡Si tú supieras algo de la extraña fascinación del oro, vendrías a rendir pleitesía ante su altar! (Desgraciadamente, mi queridísimo

tura anarquista ha venido creciendo. Creemos que esta antología solamente roza su superficie y confiamos en que conducirá a algunos lectores a los materiales anotados en nuestra bibliografía. Pero aun el lector más resuelto encontrará aquí dificultades. Hay gran necesidad en cuanto a ediciones completas de las mejores obras de Proudhon, Tucker, Kropotkin y muchos otros, que el lector solamente puede empezar a apreciar aquí.

Agradecemos a Krimmerman y Perry esta lograda antología libertaria, verdadero cimientito de toda una literatura filosófica del anarquismo que, indudablemente, sur-

girá en inmediato porvenir. En este aspecto, estos dos sinceros autores han oficiado de precursores, como pioneros han desbrozado el camino. La lectura de este hermoso libro causa verdadero placer y demuestra que lo sembrado antaño germina ogaño, pues no es discernir cabalmente el proceso histórico del desilusionarse y ver que no hay esperanza alguna para nuestra sufriente humanidad. Somos optimistas, no como Pangloss por «el mismo amor al optimismo» o por mero temperamento sanguíneo, sino por el sereno estudio del proceso histórico. La humanidad se encamina hacia la Anarquía.

amigo, no sabes nada de eso). Con dinero tendrías éxito, «confort», joyas, mujeres...

Jornalero. — (Interrumpiéndole). ¡Pobre hombre! Mi querido Mecenás: ¡has metalizado tu existencia! Eres peor que un animal. (Dioses «sagrados» del Olimpo, haced algo por él... El es mi amigo extraviado; pero amigo de verdad... y eso debe contribuir, sin duda, a salvarlo.

Mecenás. — ¡Mi dinero... mi dinero!... El es el único placer de mi vida... Frente a él se rinden todos, en este mundo de odio. Contra el dinero, nadie puede: ¿qué más puedo desear? (El oro ablanda hasta las piedras).

Jornalero. — ¡Oh, Mecenás extraviado! El oro sólo te acompañará hasta las puertas del sepulcro, y no podrás evitar que, estando aún tu cuerpo caliente, sientas el zarpazo de la codicia: el trágico alarido de los que festejarán tu muerte...

Mecenás. — No hables así. Es inútil. No has de lograr conmoverme. Mis hijos sabrán respetar mi memoria: todos me recordarán con cariño.

Jornalero. — ¡Pobre hombre! ¡Qué ingenuo eres! Tantos sacrificios, tantas privaciones como te costó tu fortuna, para luego ir a parar a manos de aquellos que no tendrán escrúpulos en disiparla.

Mecenás. — Te equivocas, Jornalero (poeta estúpido, iluso, mentecato,

¡muerto de hambre!) Ellos, mis hijos, no sólo defenderán mi dinero (y mi poder), sino que en mármol de Carrara perpetuarán mi memoria.

Jornalero. — Desengáñate, mi querido Mecenás: el dinero no deja nunca una estela de amor; solamente es capaz de avivar los instintos mezquinos: el rencor, el odio, la codicia... ¡Sobre tu cuerpo caerán los cuervos, para devorar tu memoria!

Mecenás. — Bueno (mi estúpido poeta, expoliado por los canes de la explotación del hombre por el hombre en todas sus formas): ¿Qué dejarás tú, para que tus hijos y tus amigos te recuerden? (¡ja!) Tu maldita miseria, tus pantalones rotos, tus costillas sangrantes, tus enfermos pulmones. Un hermoso poema... ¿verdad?

Jornalero-Poeta. — Dejaré mi sed de amor, mis ansias de libertad, mi humildad sinceramente reconocida y practicada en combinación con la ácrata rebeldía enemiga de un sistema de vida que hace de los buenos malos y de los malos... ¡más malos, malignos, horribles, impersonificables! (puesto que no existió jamás bestia inmundada capaz de abatir por gusto sádico a un semejante — no precisamente por hambre —, sino por hartazgo de riquezas y poderes inauditos), que es más inabordable de los de-

pravados canibales que en nuestro mundo han sido y son, rechazaría!

Mis rebeldías son luz de estrella y besos de Prometeo. Sobre mi tumba, no habrá monumentos, pero tampoco se escuchará el graznido de los cuervos... Dormiré tranquilamente bajo el abrigo de la hierba generosa, a la sombra de un árbol corpulento — plantado por mi mismo en el seno de la Madre Tierra —, donde irán a cantar los pájaros durante las auroras azules, y a recogerse la luna en las noches estrelladas y amorosas. El viento — como un eterno sonámbulo —, irá repitiendo las estrofas de mis versos, para deshojarlos frente al amor misterioso y solitario de una verdadera mujer, ¡capaz, contra viento y marea, de amar sinceramente a un poeta que nada tiene que ofrecer en un mundo de riquezas sin fin... acaparadas!

Mecenás. — Dime, ¿por qué no me vendes un poco de ese perenne home-naje perfumado?

Jornalero. — No; yo no vendo nada. Tu dinero puede conquistarlo todo... ¡todo!... Hasta un magnífico sepulcro, admiración de los hombres. (Profético): ¡Pero, cuidate de la venganza de los pájaros — que, como nadie, aman la verdadera libertad — ellos pueden con sus alas cubrir tu estatua!

TELON

FILOSOFÍA POLITICA ESPAÑOLA

C OLOCADAS en muestras, unas al lado de las otras, las doctrinas del sentido común del pueblo y las de la razón científica de las escuelas, la sola comparación entre ellas patentiza por modo inconcuso la injusticia y el yerro que cometen los historiadores de la filosofía política haciendo preterición de los ideales del pueblo expresados en su literatura, así poética como jurídica.

El pensamiento de las colectividades, por lo mismo que es impersonal, se halla menos expuesto a las abstracciones en que tan a menudo incurren los teóricos, haciéndoles tomar por sistemas de verdad cierta lo que son puras construcciones de su fantasía. — **Joaquín COSTA.**

FUNCION DE LA INDIVIDUALIDAD

S ON muchas las maneras de que un individuo puede diferir de la generalidad de los miembros de la comunidad. Puede ser excepcionalmente anárquico o criminal, puede estar dotado de un raro talento artístico, puede tener lo que, con el tiempo, llegue a ser reconocido como una nueva concepción religiosa o moral, y puede haber sido favorecido con una capacidad intelectual extraordinaria. Parece que desde tiempos remotos en la historia humana ha debido de haber cierta diferenciación de funciones. Las pinturas ejecutadas en las cuevas de los Pirineos por los hombres de la edad de piedra tienen un gran mérito artístico, y es fácil suponer que todos los hombres de aquella época fueran capaces de realizar un trabajo tan admirable. Parece mucho más probable que a veces se permitiera, a los que demostraban talento artístico quedarse en la vivienda pintando mientras el resto de la tribu se dedicaba a la caza. — **Bertrand RUSSELL.**

Metodología y doctrina

CONDICIONES subjetivas de la revolución libertaria:

Primera: Cuando el pueblo está preparado para la acción es criminal no asaltar las posiciones del enemigo.

Segunda: Es cierto que hay distintas alternativas en cada país: en España se llaman revolución agraria, técnica, social y moral.

Tercera: Aprovechar las diferentes tradiciones del país en su lucha por la libertad. La lucha armada es el prólogo de la acción directa.

Principios fundamentales de la revolución anarcosindicalista:

1. — Doctrina e inspiración de base federal frente a todos los sistemas unitarios fracasados en nuestro país.

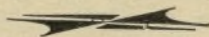
2. — Comunismo de raíz y esencia libertaria, completamente independiente para crear un sistema económico y social que puede proyectarse hacia los países de Africa y Suramérica.

3. — España puede ofrecer al mundo algo que nadie puede superar: el sentimiento de la libertad, la fuerza espiritual de un idioma de entendimiento y conocimiento y el buen uso de la fuerza organizada para no arriesgarlo todo a la ligera.

Afirmaciones: El pueblo ha demostrado en España que puede vencer al ejército.

No podemos esperar a que todo sea factible para hacer la revolución; la gimnasia social y revolucionaria puede ser el foco inicial.

El terreno de la lucha debe plantearse en todos los frentes y no hay que aceptar batallas más que donde puedan ganarse con el menor derroche de fuerzas puestas en juego.



La virtud de saber callar

EL español habla demasiado y en muchas ocasiones dice más de lo que debería decir. Nos atacan por todas partes. Nos acechan peligros de toda índole. Se sigue de cerca todo cuanto hacemos para desunirnos y vencernos.

Para conspirar hace falta saber callar. Sin discreción no hay secreto posible. El secreto revolucionario es la clave del triunfo social, como el secreto militar es la victoria en la guerra. Hay gentes que no han hecho nunca nada y que se pasan la vida criticando, diciendo «que no se hace nada». Se hace lo que es posible y hasta más de lo que se puede. Lo que se sucede es que la obra realizada no es para que se explique y comente en la plaza pública.

A este propósito cabe citar un gran ejemplo a seguir:

Martí, el liberador de Cuba, se hallaba exilado y en plenos trabajos conspirativos, y alguien le escribía desde Cuba «que qué hacían y si hacían algo, porque aquí se dice que algo hacen».

El gran Martí contestó al impaciente curioso: «¿Que qué hacemos amigo mío, porque por ahí dicen que hacemos algo? Poco haríamos y mal si pudiese yo decir a usted todo lo que hacemos.»

Se habla en demasía y se escribe con excesiva ligereza. Hay que acabar con los excesos del lenguaje y las frivolidades del escribir demagogia. Las revoluciones no se han hecho nunca con palabras; se han realizado a base de hechos. La lucha tiene en la sencillez su estilo, en el secreto su fuerza, y en el sacrificio, su más alta recompensa moral.

Una cosa es hablar y otra cosa es no callar.

POETAS DE AYER Y DE HOY

UN ALTO HICE EN COLLIOURE

Aragón:

Si yo pudiera
pedirle a Francia
su rosa abierta
y su fragancia
de primavera,
con mi rústica elegancia
a tu puerta
llamaría...

España entera tembló
y otras naciones bailaban.
¿Quién vió como se orinaban
las montañas? ¿Quién lloró
la hora del sacrificio
del Pueblo que, ante el altar,
se puso todo a sangrar
en manos del santo oficio?
El érodo se salpica
por todas las latitudes,
mientras faltan atarúdes
para el pobre que se ubica
en su amargo corazón.
¡La muerte que mata a España
no usó nunca la guadaña,
sino la cruz, Aragón!
¿Qué está llorando Castilla
en un claustro o en un cuartel
mientras se quiebra la piel
de los toros que, en Sevilla,
vieron su humano cartel?
¿Qué Galicia está llorando
viendo a sus hijos que van
sin un rescoldo y sin pan
algún refugio implorando?
¡Qué cansera la extremeña!
¡Qué desconcierto an'aluz!
¡Qué vahído en la testuz
que en Roncesvalles despeña
lo poco que allá hay de luz!
Amigo mío: si Francia
no pisara el Pirineo,
esta tumba que aquí veo
no tendría la fragancia
que nosotros mantenemos.
La historia me hace blandir
la espada de mi sentir
y aquí, por eso nos vemos.
¿Que sangra el Cid sin sus bríos?
¿No lloran también los senos
de las madres que ven llenos
de carne y sangre los ríos?
¡Cervantes no sabrá nada
del temblor del treinta y nueve,
ni del turbión que aun remueve

el corazón con su espada!
¿Y es que Góngora alcanzó
ver gloria en nuestras esquinas
donde yertas golondrinas
sólo aquel alba inmoló?
¡Ay, dolor que aquí nos pesa
con campo rojo y de azur!
¿Acaso llega a «Colliour...»
la voz de Santa Teresa?
¡Abrid, poetas, la tarde
y a la noche dadle auroras,
que están sonando las horas
de esta España que nos arde
bajo un sepulcro francés...
Y si queréis saber qu'en
tiene a España en cada sien,
Antonio Machado es!

*
**

El camino, Antonio, está
en tu gesta de hombre bueno.
¡Ay, castizo nazareno,
qué bien la muerte te da
vida limpia en nuestro seno!
Tu cuerpo mustio cayó
harto de horror y de guerra
y un fragor de altura yerra
en el lirio que te abrió
con manos limpias la tierra.
Poetas somos y estamos
blandiendo tu pluma en rimas
con este viento de cimas
que busca a quello que amamos.
¡Qué lejos están las cosas
que cercaron tu escapada!
¡Qué cercana, la mirada
que tú dejaste en las rosas
frente al gesto de la espada!
¡No! ¡Que no quedan más lágrimas
para lavar nuestras manos!
Pero vuelan los vilanos
a un lúgubre toque de ánimas
por nuestros montes y llanos!
Y tú, místico de ideas
orfebre del agua clara,
apuntas con dedo y cara
a esa España que deseas
en la luz que a ti te amara.

*
**

Gracias, hermano francés,
por ese puerto en tu tierra.
La nave que aquí se aferra
Antonio Machado es.

LAS VOCALES DE LA VIDA

por Eugen Relgis

A noir; E blanc; I rouge; U vert; O bleu,
voyelles... — A. RIMBAUD.

Miraba con asombro alrededor
el niño rubio, candoroso y frágil.
Recién llegado al mundo,
crecía cual retoño bajo el sol.
Nada sabía aún de su destino,
y saboreando igual que sus ancestros
El néctar en la copa de la vida,
alegre y claro exclamaba: **A!**

Hizo cantando los primeros pasos
por los caminos de la juventud.
Alguna vez cayó desde una roca
y vio correr su sangre derramada,
Pero rió a carcajadas
como delante de una buena broma,
avanzó desafiando al hado: **E!**

Luego en un país en donde
flamean rosas purpúreas,
Hizo alto en un castillo por gozar
de cálidas miradas y caricias.
Dueño del mundo entero se sentía
cuando hablándole a Ella la abrazaba
Y decidido a luchar con todos los enemigos,
gritaba su salvaje y soberbio: **I!**

Surcos hondos trazaron los años en su duro
rostro de luchador.
Y montañas más altas y rebeldes
solían detenerlo, y no llegaba
A las ricas comarcas
que ansiaba en sus ensueños — más allá...
Rota su espada, regresó gimiendo
con una herida sobre el pecho: **O!**

Y contemplando siempre el horizonte
con los mismos pensares, por los mismos lugares,
El vencido — ya triste o luminoso,
revivía el pasado...
Y al sentir vanidad de vanidades,
sin anhelos, sin nuevas esperanzas,
Cuando vino hasta él la Silenciosa,
la recibió sonriendo, aliviado: **U!**

(Versión castellana de Pablo R. Troise).